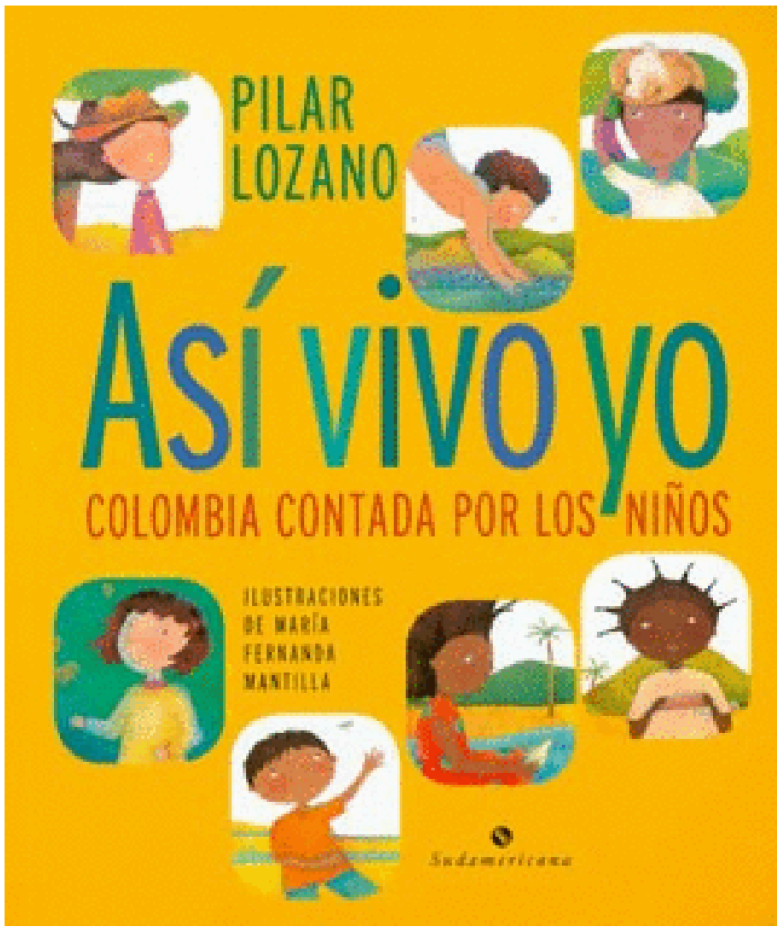
Así vivo yo Pilar Lozano Colombia Contada por los niños



Ilustraciones de María Fernanda Mantilla

A los niños y niñas que me contaron sus vidas y sus sueños y a mis nietos Aitana y Lorenzo.

Agradecimientos a Magdalena Arango, Blanca Ligia Suárez, Martha Lozano y Santiago Suárez, por su apoyo.

Sudamericana

Contenido

Contenido 2

LOS NIÑOS DEL PACÍFICO 8

Mi abuela me arrulla con sus historias 10

EI Pacífico es caprichoso 11

LOS NIÑOS WAYUUS 14

Los saberes de los antiguos 15

Y sé remedar a los pájaros 16

LOS NIÑOS DEL CAFÉ 20

El café y yo 21

El mundo desde mi ventana 22

Casa y colegio colgados de la montaña 22

LOS NIÑOS DEL CARBÓN 25

Los animales y yo en potreros tan parados 26

Deshollinadores 27

El arcoíris y su sombra 27

LOS NIÑOS DE PALENQUE DE SAN BASILIO 30

Música para despedir a los muertos 31

Mi tambor y yo 32

El loro y la lora… 33

LOS NIÑOS DEL LLANO 36

De casa en casa. De colegio en colegio... 37

La luna y el sol se escapan de la tierra 38

LOS NIÑOS HIJOS Y NIETOS DE COLONOS… 41

La cacería: asunto de paciencia 42

Una casa alta para espantar animales 43

En el colegio me toca cocinar 43

LOS NINOS DE SAN ANDRÉS Y PROVIDENCIA 47

Mi idioma propio, pescar y navegar: mi herencia 47

Idioma y rondas que vienen de los tiempos de antes 48

Pequeños navegantes, pequeños pescadores 49

LOS NIÑOS NUKAK MAKUS 53

Mi casa siempre está llena de humo 54

Animales para comer y jugar 55

LOS NIÑOS DEL RÍO MAGDALENA 58

Horas para estudiar, horas para pescar... 59

Cuando llega la 'cosecha' de pescado 60

Ya sé jugar con las olas 61

LOS NIÑOS DEL PÁRAMO 64

Ruana y estufa para 'caloriarse' 65

La neblina, un buen escondedero 65

Me gusta corretear a los animales 66

Glosario 69

Introducción 69

Los niños del Pacífico 69

Los niños wayuus 70

Los niños del café 71

Los niños del carbón 73

Los niños de Palenque de San Basilio 74

Los niños del llano 75

Los niños hijos y nietos de colonos... 76

Los niños de San Andrés y Providencia 77

Los niños del río Magdalena 78

Los niños del páramo 79

Este libro es un viaje por Colombia, construido desde la vida de niños y niñas de río y de mar, de montaña y de desierto, de selva y de llano.

Unos distinguen la huella de los tigres en la selva, otros persiguen conejos en medio de los frailejones. Camila cabalga por la sabana horas enteras, sin parar, y Andrés José sabe mantenerse en pie, sobre una canoa, en la mitad de un gran río.

Los de tierra caliente se defienden de las culebras que se les atraviesan en el camino a la escuela y los que viven en lo alto de las montañas huyen de los mapuros. Los niños wayuus, los nukak makus, los nacidos en el Palenque de San Basilio o en San Andrés y Providencia tienen, además del español, su propia lengua. Las niñas del Pacífico tocan guazá y son cantaoras; los niños del café hablan de beneficiaderos y comen, a diario, arepa y fríjoles. Pero todos juegan a la lleva o a las escondidas -así lo llamen de distinta manera- y van armando su mundo siguiendo las enseñanzas de sus mayores.

Gran parte de estas historias se tejieron con testimonios de varios niños y niñas de un mismo lugar; las otras fueron elaboradas a partir de una sola voz.

Este viaje sin maleta no tiene una ruta planeada; se puede leer empezando en cualquier capítulo. Al final la idea de país se llenará de experiencias cotidianas muy variadas.

Te invito a esta aventura.

SHELY

Los niños de San Andrés y Providencia

LUIS

Los niños de Palenque de San Basilio

Maicol

Los niños del café

Yesenia

Los niños del Pacífico

Andrés José

Los niños del río Magdalena

Miguel

Los niños hijos y nietos de colonos…

Néstor

Los niños wayuus

Pedro Eduardo

Camila

Los niños del llano

Los niños del carbón

Mónica Nukak

Los niños nukak makus

Lucía

Los niños del páramo

LOS NIÑOS DEL PACÍFICO



Yesenia, niños del Pacífico

Quiero ser cantaora, Como mi Mama

La región pacífica es una rica y estrecha franja de selva arrinconada entre la cordillera Occidental y el océano. En la parte norte -costa arriba- los ríos corren paralelos al océano. Costa abajo, al sur, hay cientos de ríos que se descuelgan de la montaña y llegan al mar. Es una región mágica, habitada mayoritariamente por afrocolombianos.

Quiero ser cantaora, como mi mama. Ella se llama Cleotilde, yo Yesenia.

Cuando era más pequeña, ella me decía: "Sígueme"'. Y empezaba a cantar, metiéndole su tono, usando la voz principal. Asi pasábamos horas mientras hacíamos los oficios de la casa: lavar platos, tender ropa, hacer la cama, cocinar... "Hay que poner talento al ritmo", me repetía.

Ahora ya tengo diez años y soy una de las dos vocalistas -las demás hacen coro- de un grupo de niñas y jóvenes que tenemos en mi pueblo,

Ladrilleros, en la costa Pacífica. Somos ocho y todas tocamos guazá. Los niños nos acompañan con el cununo -tambor alto que se golpea con las manos-, el bombo -tambor que se golpea con palos- y la marimba. Nos hemos presentado en Cali, en Buenaventura, en un encuentro de cantaoras de río. ¡Siento una alegría en el escenario!, me gusta la música de folclor.

La canción que más me piden es La niña del Pacífico:

La niña del Pacífico, la niña del Pacífico

quiere que le regalen, quiere que le regalen,

muñeca 'e Navidá, muñeca 'e Navidá

que tenga mucho pelo, que tenga mucho pelo

para poderla peinar, y chaquira colocar.

Sueña, sueña niña, con muñeca 'e Navidá

sueña, sueña niña, con muñeca 'e Navidá..

La letra dice la verdad. A mí me gusta peinar a mis muñecas, les hago trenzas Sueltas, pegadas o rulitos, y las amarro con chaquiras de colores. Tengo muchas; nunca les pongo nombre. Todas las tardes, después del Colegio, ensayamos. El profesor nos enseña ejercicios para mejorar el arte de cantar y para tocar mejor el guazá. "Mano, antebrazo y brazo", repetimos con voz bien fuerte mientras zarandeamos mano, antebrazo y brazo. Así mejoramos los movimientos para tocar guazá. "¿Por qué el guazá es de mujeres y la marimba de los hombres?", le pregunto al profesor El me mira y se ríe: "Porque es la tradición". Pero otras niñas y yo estamos aprendiendo toques de marimba. Le da ritmo a

la música y nos ayuda a aprender más fácil las canciones... Mi hermano la toca. Es del grupo que nos acompaña a nosotras, las cantaoras.

Mi abuela me arrulla con sus historias

"La cultura se lleva en la sangre", me repite mi abuela, "y nuestra cultura afro es de 'cantá' y 'danzá". Pero es diferente costa arriba y costa abajo; donde yo vivo y donde vive ella, en El Charco, Nariño, en el rio Tapaje. "Mi fundación -origen- es de costa abajo; la sangre la tengo allá", me dice en las noches, cuando nos visita y nos sentamos a hablar. Una vez viajé con ella al Tapaje y entendí mejor sus palabras; es distinto, además, vivir en el mar o en el río. Es un viaje largo en lancha, a ratos por dentro, por esteros y manglares, a ratos por fuera, por el mar. Mis primas de rio saben 'playá', que es buscar oro en las playas y usan desde chiquitas tablas de madera -como rallos gigantes- para lavar la ropa. Muchas veces los niños van a la escuela parados en potrillos -canoas largas y estrechas- que se empujan con el canalete. Mi abuela remeda el ruido del golpe de los canaletes al tocar el agua: "purrum, purrum. Me cuenta que cada río tiene su forma de cantar y de contar. Y me enseña cantos de laboreo y arrullos para los días de la Virgen. Los cantos de laboreo y de boga, me explica, sirven para hacer más alegre la jornada y comunicarse con los que están en la orilla. "Cantar no es sólo pegar el grito; es saber qué se está diciendo y a dónde va a llegar", me dice. Y sabe de las rogativas que se usan cuando hay necesidad y problemas. "Abuela, usted sabe de todo un poquito", le digo. Y ella me responde: "Lo he vivido y entonces lo sé".

EI Pacífico es caprichoso

En el colegio aprendemos a conocer los tiempos del mar. El agua grande es cuando la marea sube; le decimos también puja. Queda todo tapado, el mar se come la arena. Y luego se va y deja la playa grande, muy grande... Entonces salimos a recoger conchas y las echamos en tarros o en chuspas. A veces encontramos jaibas y las comemos fritas. Jugamos la llevita en el agua, fútbol en la playa. Recochamos, nadamos. Y cuando va bajando el sol, jugamos escondidas. Las canoas son los escondites. Y es bueno caminar por la playa, sola; caminar y caminar. Es mejor: sin bulla uno va oyendo los ruidos de la naturaleza, de la costa. Cuando sube el agua no se puede jugar, uno se ahoga. A veces vamos de paseo a los manglares; el mangle es un árbol con raíces grandes como patas. Nace sólo en los sitios donde se juntan el río y el mar. Mis primas, que viven en un río 'corrientudo', van con sus mamás a conchar, es decir, a recoger pianguas, almejas, ostras que se esconden en ese raizal.

Las casas son de madera y de cemento, encaramadas en palos porque a veces, cuando llueve, la casa se puede ensuciar o se moja. En los ríos, como el Tapaje, las casas son de madera y tienen siempre un corredor que mira al agua. Mi abuela dice: "El encanto de uno es mirar el río, ver la gente sube y baja. Ese es el espejo de uno acá". La cocina siempre está atrás; es un fogón de leña que se hace sobre un mesón alto de madera y barro.

Cuando muere un niño se le hace un chigualo. Como son angelitos, hay fiesta... Se coge el niño, le cantan y le ponen velas. Si uno canta ahí, siente algo en el corazón; es como cantarle a la mamá.

Jugamos abre y cierra Con un caucho. También bate y pelota. Y cantamos rondas:

Vamos a jugar al agua de limón.

El que queda solo

solo quedará.

Las niñas del Pacifico aprendemos a sembrar en las azoteas que tienen las mamás, cebolla cilantro, condimentos. Las azoteas pueden ser canoas Viejas o Como camas de madera que montan en cuatro palos.

En los tiempos de antes uno no podía ser grosero porque venía el diablo o la Tunda y se lo llevaba. La Tunda es una niña que no hacía caso a la mamá. Un día le pidió que moliera un maíz, ella respondió con grosería. La peladita salió corriendo y se miró en el agua y como la mamá le había echado una maldición, la cara se le iba desfigurando hasta que se volvió la Tunda. Y ahí se cayó en una raíz y se le rompió una pata.

El guazá es un tarro de guadua. Se debe coger en buen tiempo. Por dentro se le ponen travesaños de chonta y semillas.

Los alabados son los cantos de muertos, sirven para pasar de la vida a la muerte, en los velorios. Las mujeres ensayan para estar listas cuando hay un difunto. Yo, todavía no me meto, por respeto y porque me da un poquito de miedo.

Antes, cuando alguien moría, la noticia se pasaba de boca en boca. "¿Se dio cuenta que murió don Benancio y que hay que 'veloliar' esta noche?", decía una mujer. Esa le pasaba la voz a otra y ésta a otra... Y

cuando tenía parientes viviendo lejos, viajaban tres, cuatro, en una canoa, llevando la noticia. Ahora es fácil: se comunica por celular.

En los ríos también son importantes las mareas: es vaciante cuando el mar no entra al río; luego se voltea el agua y el mar llega.

Quiero ir a Guapi, o a El Charco, en Navidad para ver las baisadas. Amarran varias canoas, le ponen un tablado encima, lo adornan con aros de guadua vestidos con papeles de colores y ahí se suben los músicos y las cantadoras.

Velo qué bonito lo vienen bajando

con ramos de flores lo van arrullando.

Orrori, orora San Antonio ya se va.

Es una de las canciones.

"La música quita todas las tristezas, cura la 'blandidez' en el corazón", dice mi abuela.

LOS NIÑOS WAYUUS



Néstor, niño wayuu

Vamos a la escuela por caminos de arena

En Colombia viven ciento dos pueblos indígenas. El pueblo wayuu es uno de los más numerosos. La tierra de los wayuus es el desierto de La Guajira, al norte del país. En su cultura el agua es considerada un dios, por lo escasa, y el palabrero un personaje de respeto: él dirime los conflictos. A la escuela se va a pie o en bicicleta; los libros se llevan en mochilas enormes que tejen las mujeres.

El primer día de lluvia es, en las rancherías del vecindario donde vivo, un día de alegría. Significa que vamos a sembrar, que los animales van a crecer, que habrá animales nuevos. Me llamo Néstor y para nosotros los wayuus, la lluvia es un dios, Juya. Sin ella, no podríamos habitar el desierto de La Guajira, que es el mundo en que nos tocó vivir. Con las primeras gotas sacamos los trastos plásticos para recoger el agua que cae del cielo, Como el techo de mi casa es de zinc, tenemos canales para que la lluvia ruede y caiga en chorros sobre un tanque. Pero después nos dedicamos a jugar, a brincar, a bailar en círculos hasta que quedamos bien mojados. "No se bañe afuera", grita siempre mi mamá. A veces está el sol ahí y está lloviendo; es bonito. Pero sabemos que

emparamarnos trae enfermedades, fiebres, tos... Dejamos pasar unos días de lluvia y nos sentamos en la tierra mojada, reunimos barro y fabricamos wayúnkerras, que son nuestros muñecos: personas, burros, cabras, tinajas y cántaros como los que usaban los wayuus de antes para recoger el agua. Los dejamos endurecer al lado del fogón. Como en la alta Guajira la tierra es más agria, las wayúnkerras no aguantan mucho y se parten más fácil.

Antes y después de ir a la escuela, cargo en el burro o la carretilla los bidones y voy al jagüey, un pozo grande, depósito de aguaceros, a recoger agua. Esa agua sirve para bañarnos, para lavar... En la alta Guajira la beben cuando se acaba el agua lluvia. Nosotros no. En la alta Guajira, donde viven mis primos, a veces no hay agua por ningún lado. Tienen que ir a buscarla a más de tres horas de camino. En la media Guajira, donde está mi ranchería, a veces la sequía se alarga y nos obliga a irnos a donde los parientes del sur, allí son más frecuentes los aguaceros. Tenemos también molino para sacar el agua que se esconde bajo la tierra. Al lado del molino hay una alberca grande y baja, así pueden llegar los animales a beber. Si el viento Sopla débil no se mueve, se desespera y no sube el agua. A veces "el azote del tiempo", Como llamamos a las tormentas de arena, pica el tubo y lo daña. Si el daño es grave no vamos a la escuela; no se puede estudiar con la garganta llena de cosquillas por el calor y sin agua para beber en el recreo. A esa hora, siempre, la profesora manda llenar un balde Con agua del molino y nos reparte un vaso a cada uno.

Los saberes de los antiguos

Mi abuela le echa la culpa de la lluvia escasa al wayuu que abandona sus costumbres: "No bailan la yonna, ni respetan a los tíos maternos", dice.

Por eso ahora, en la escuela, estamos en actualización de cultura. Ya no vamos sólo a aprender, a coger dictados, a repetir materias de corrido. Ahora nos enseñan los saberes de los antiguos. Nos hablan de Maleiwa, la madre que fabricó a los primeros wayuus; ella nos repartió en clanes: los Epiayús, los Uraliyús, los Uulianas... "Antes", dice la profesora, "estos clanes estaban bien marcados, ahora han perdido importancia". Aprendo español y mi lengua: el wayuunaiki. Tiene más vocales -seis-, pero menos Consonantes -dieciséis- que el español.

Nos enseñan también que debemos respetar a los mayores, a los que no hablan español: "Si uno no se sienta a escucharles sus historias, ignora lo que hablan los abuelos". Ellos hablan de nuestras creencias en los sueños y saben Cuándo se debe consultar al piachi, el médico tradicional los espíritus, creemos nosotros, se comunican con los humanos vivos en los sueños.

Y sé remedar a los pájaros

Uno, de wayuu, empieza a andar con el papá o con el tío para ir tomando las labores de adulto; más chiquito me quedaba al lado de la huerta a vigilar que no entraran las cabras a comerse el cultivo. Ahora que tengo doce años, sé rozar -preparar el terreno para la siembra-. Cercamos las huertas con cactus para que las cabras no se coman el frijol, la ahuyama, todo lo sembrado. Como mi papá tiene cabras, lo primero que hago en la mañana es abrirles el corral para dejarlas libres; salen a pastar al matorral, a beber agua. En la tarde, después de ir al jagüey, salgo a pastorear. Mi tío me enseñó a remedar el canto de los pájaros, es fácil: se deja secar un limón, se le hacen tres orificios y se sopla. Ese canto de mentiras atrae a las cabras y regresan mansitas al corral. Y sé chiflar con las manos: hay que unirlas de una manera

especial para que salga ese sonido que les gusta a las cabras... A veces las niñas ayudan a ordeñar las cabras chiquitas, nunca a las grandes, esos animales tienen bastante fuerza, tienden a patear.

Mi casa es de bahareque y de trupillo, un pequeño árbol del desierto, con ramas que crecen de lado, despeinadas por el viento. El techo, en muchas rancherías, es de yotojolo, el corazón del cactus. Así las casas son frías de día y cálidas de noche. Los cuartos Son cerrados; la cocina es semicerrada con cactus para que ni el viento ni los animales hagan daño. Entre la Cocina y los cuartos hay una enramada cubierta para recibir las visitas, para hacer la siesta, es el lugar donde tejen las mujeres.

Donde vivo no se dan las bicicletas; se atollan, no pueden circular. La tierra es débil y cuando llueve bastante queda húmedo y a veces se encharca. Entonces corren peligro los animales, quedan atrancados ahí por ser pesados. Nos toca estar pendientes, sobre todo de los recién nacidos. Pishi, llamamos a esos sectores pantanosos.

Los niños wayuus tenemos muchos juegos: Con un palo de yotojolo hacemos rodar los cauchos de las bicicletas. También jugamos a construir ranchos completos, con fogón y todo. A las niñas les gusta hacer telares de mentira y con pedazos de lanas que encuentran en la basura tejen chinchorros Como de muñecas.

También nos gusta tirar flechas, para probar fuerzas al aire, Y perseguir a los conejos que se esconden en las matas del Hace desierto.

Hace poco mi hermana menor se convirtió en señorita, majayura, decimos nosotros. En ese momento a las niñas las encierran con la abuela para que les pase el conocimiento de las mujeres. "Es una etapa

bonita y rara", me conto luego mi hermana. "Uno sale y ya nadie lo trata como antes". A partir de ese día empieza a tomar labores de mujer: se levanta muy temprano a preparar el café. Antes sólo hace pequeñas labores: mover trastos en la cocina, llenar de agua, en el jagüey, las vasijas más chiquitas.

Dice mi abuela que los encierros podían durar años; ahora, por mucho, semanas. El de mi hermana duró cuatro días. Al terminar, con un toque de tambor -kaasa- a la media noche, la familia invitó al baile de la yonna.

Los sueños son muy importantes para nosotros: previenen sobre cosas que van a pasar, dicen lo que uno debe hacer. A las niñas les enseñan las abuelas. A los niños nos toca darnos Cuenta del significado de los sueños solitos. Nadie nos enseña.

Los viernes hay presentación de yonna, nuestro baile, en la escuela. Los niños llevamos un casquete con penacho de plumas en la cabeza y calzamos as abarcas, sandalias tradicionales de suela. Las niñas se ponen la manta más linda, un velo y las wayreñas, sandalias con una borla grande de lana en las puntas. La yonna es un baile que se hace para Curar enfermedades, para celebrar una buena Cosecha, para terminar el encierro...

Mis hermanas usan mantas -wayuusheín-, como todas las mujeres. Les gustan de flores, de muchos colores. "Los colores tienen un significado", dice la abuela, "'marcan la personalidad wayuu, hecha de alegría y de risas". Las mantas las protegen del sol y del viento; a veces Sopla bajito, barre la arena y forma una nube de polvo que no deja ver.

Las mujeres usan en la cara una pintura hecha de grasa de chivo y un polvo café que sacan de un hongo llamado mashu'ka; sirve para que el sol no las queme.

LOS NIÑOS DEL CAFÉ



Maicol, niños del café

No quiero perderle paso a mi papá

Caldas, Risaralda, Quindío, el suroccidente de Antioquia y el oriente del Valle del Cauca forman, por tradición y cultura, el llamado Eje Cafetero. Allá, en un filo del municipio caldense de Pensilvania, está Bolivia. En medio de un mar de café hay casas con balcones y corredores, colgadas de la montaña. La arepa y el fríjol, el carriel y el poncho, son elementos de esta cultura.

La materia que más me gusta en el colegio es matemáticas; si las manejo bien no me tumban cuando bajo al pueblo, con mi papá, a vender el café. Yo estoy pendiente de todo. Miro cuánto pesan los bultos y voy haciendo las cuentas para saber, más o menos, el precio. Me fijo con Cuidado en lo que le pagan; le digo si le entregaron más poquito. Mi papá no estudió; lo sacaron pequeño de la escuela para ir a trabajar. Por eso, él me impulsa: "Mijo, el estudio es la herramienta que le quiero dejar". Para ejercitarnos con las sumas, con mis amigos Jhonatan y

Nicolás-yo me llamo Maicol-jugamos tute con las cartas. Soy el más ágil sumando puntos cuando gano. Nos encontramos en mi casa o en La Fonda, como llamamos el caserío de la vereda Soledad Alta, donde vivimos. Es chiquito. Por una esquina sale la carretera que baja a mi casa. A pie me echo como diez minutos o voy en bicicleta. Jugamos en la tienda y apostamos la merienda. Los tres soñamos con tener un cafetal propio cuando seamos grandes; tenemos once, doce y trece años. Yo soy el mediano. Y sabemos mucho: sembrar, recoger el café cuando llega la cosecha, beneficiarlo. Aprendemos escuchando a los mayores, porque los niños aquí no nos despegamos del papá, vivimos detrás de él. Mi hermano chiquito tiene apenas cuatro años y cuando lo ve salir al cafetal, sale detrás, antojado. Es tan antojado que pide los 'tragos', como llamamos el café que toman los grandes antes de salir de la casa en la mañana para aguantar hasta el desayuno. A mi hermano le dan leche.

El café y yo

Como a los cinco años fui por primera vez a recoger café. Fui de curioso detrás de mi papá. "Coja sólo el grano que esté rojo, maduro, nunca el verde", me enseñó. Y uno, como no quiere perder paso de él, se va amañando con el trabajo. Aprendí con un canasto chiquito; ahora me pongo botas, gorra y me amarro a la cintura el coco grande con un cinturón o cargador. Si está lloviendo, me pongo encima una camisa de plástico; me mojo sólo las manos. Con el café parejo, mi papá va por un surco y yo por el otro. Si está desigual yo escojo el más bajito. Se jala la rama, se agachan los palos, se coge el café y se echa en la coca. En vacaciones puedo hacerlo todo el día. Me canso un poquito, pero uno se

enseña, no es tan duro. En época de estudio, ayudo un rato al volver del Colegio, a las tres de la tarde.

El mundo desde mi ventana

Lo primero que hago cuando me levanto es abrir la ventana. Se divisa en demasía: para donde mire, puro café y montañas. Lo más lindo e cuando el café florece; todo parece de algodón, blanco. A veces la neblina juguetea, se la lleva el viento, pero ella vuelve. Y se ven los caminos que van a las casas del otro lado; hay que bajar hasta la cañada y luego subir otro rato para llegar donde el abuelo de Jhonatan. Él nos cuenta que antes el café florecía más y era más fácil cogerlo. Para muchas pasar bultos y carga de una montaña a otra, hay garruchas. Sueño con subirme en una, me llama la atención, pero mi papá no me deja. Cree que es para gente sin nervios. No lo veo peligroso: toca sentarse en el cajón y prenderse duro. Cerca a la casa hay una de motor, casi todas las demás las jalan a pura mano. Se debe sentir emoción de explorar, de tener esa vista allá abajo... Cuando veo que está funcionando, corro a esperarla.

Casa y colegio colgados de la montaña

A las siete y veinte minutos de la mañana sale de la vereda el jeep con los niños del colegio. Queda en Bolivia, el corregimiento de Pensilvania al que pertenece mi vereda. Nos subimos muchos: ¡veinticinco! La gente extraña se ríe cuando nos ve y comenta: "Va un racimo de niños". Si llueve, las muchachas nos cargan a nosotros; si hay sol, nosotros nos vamos afuera, pegados atrás o arriba, bien agarrados de las varillas. Nos demoramos media hora en ir o en volver. El colegio es grande, de dos pisos y corredores. Lo mejor es el patio con cancha de básquet y

fútbol. Está entechada y enmallada por el lado que da a un voladero. Tenemos un salón con veinte computadores para la clase de informática. Por las ventanas del salón veo las casas de este pueblo de dos calles; por delante, uno las mira de un solo piso; por detrás, tienen dos o tres. Mi casa, como todas las del campo, tiene corredor. La costumbre es así porque no hay plata para muebles de sala. El corredor es un sitio para jugar y para hablar. Tenemos un columpio: un lazo colgado del techo; le ponemos un costal de asiento para que no nos talle mucho.

La primaria la hice en la vereda, en Escuela Nueva. Había tres profesoras: kínder y primero; segundo y tercero; cuarto y quinto. Ellas primero explican a los niños de un grupo, mientras los del otro curso se quedan trabajando con las guías. A los estudiantes nos toca solitos aprender. En otros lados hay escuelas con un solo profesor para todos los estudiantes.

Jugamos trompo, bolitas, atari... Y para jugar fútbol, montamos con piedras una cancha frente a la casa, en el camino, lo único planito de por acá.

Comemos fríjoles todos los días, a las seis de la tarde. Y repetimos al desayuno, en el 'calentao'.

La carretera es angosta como todas las de por aquí. Los carros van pegados al barranco para no rodarse y evitarse una aporreada. Cuando pasa el bus escalera, sábados y domingos, si se encuentra Con otro carro casi no puede pasar.

Dicen que arriba, en la toma de agua, aparece la Madremonte. Es una persona bonita; no se puede mirar a los ojos, al que lo haga se lo lleva al monte y lo alimenta dizque Con agua y frutas....

Uno tiene que pararse bien parado para coger café por estas lomas y no resbalarse. Una vez salí rodando, fui a dar por allá abajo, casi al pie del Cultivo.

Hay cosecha en diciembre y en julio y agosto. Cuando no hay café ayudamos a desyerbar, a abonar, a picar y platear los palos, es decir, quitarles la maleza que crece por los lados. El palo de café dura lo que uno lo quiera dejar. Yo, mirándolo, sé cuánto tiene de antigüedad: lo sé por el tamaño, por el color. Entre más viejo, más difícil para coger el grano; los palos son más grandes y pesados para agacharlos. Por eso, Cuando sea grande, tumbaré más seguido.

Por el sector donde vivo, las mujeres y las niñas no cogen café. Ellas mantienen ayudando a los destinos de la casa: lavar ropa, limpiar la casa, cocinar.

En vez de sembrar café caturra -que fue el que se acostumbró aquí sembraría variedad Colombia para que no le dé roya. La roya es un hongo como los que a uno le dan. Cuando el palo tiene muchos, no hay nada que hacer. La broca es un cucarrón chiquito que se entra al grano y se lo come. Cuando llega, se daña el cafetal. Los árboles se ven amarillos, feos, pura chamiza. Hace poco mucha gente tuvo que tumbar; la roya los dejó acabados, tristes.

Sé cómo se beneficia el café. Al grano lo pela la trilladora y cae en tanques donde se lava. Nosotros ayudamos a moverlo con la revolvedora para que salga la baba. Siempre salen dos o tres 'juagadas'.

Se escurre y se echa en la elba -plancha de cemento donde se seca. Necesita cuatro días de sol. Como los granos de abajo no les da sol, revolvemos para que se encimen. Si llueve, se cierra la elba. Ya puedo empujar la tapa de zinc Corrediza.

LOS NIÑOS DEL CARBÓN



Pedro Eduardo, niño del carbón

Vivo en una montaña llena de huecos

En Boyacá, Cundinamarca, Antioquia y Valle del Cauca se explotan pequeñas minas de carbón de manera rudimentaria. Tópaga, encaramado en la cordillera Oriental -la más ancha y poblada de las tres cordilleras- es uno de los municipios llenos de socavones. En ese territorio empinado se siembran papa, maíz, cilantro, habas...

Me llamo Pedro Eduardo. Las montañas donde vivo, en Tópaga, están huecas por las minas de carbón. ¡Hay como cien! Son túneles que entran en la tierra, profundos, más de cien metros bajo el piso por donde caminamos. Yo los conozco por dentro. He entrado a llamar a mi papá... Hay cuevas y es divertido explorar, pero cuando los mineros

pican en la veta todo tiembla adentro. Mis hermanos sólo llegan al patio a llevarle el desayuno y el almuerzo a mi papá. Otros niños sólo se arriman los domingos a recoger el bulto de carbón que le dan a cada minero por semana. Yo también lo hago para que no falte en la estufa. Lo cargo en carretilla porque pesa mucho. Y voy con un hermano porque las carretillas ganan a uno, por estas montañas tan paradas, si no se manejan entre dos. Uno tira adelante de un lazo, y el otro, atrás, la empuja y la Ahí timonea. Hay cargamos a veces el mercado. Yo voy todos los días a la mina. Me siento en una lomita al lado de la entrada, para ver cómo prenden el 'malacate', un aparato hecho de partes de motores viejos que jala la vagoneta donde se saca el carbón. ¡Echa mucho humo y hace un ruido! La mina tiene como dos años. Antes había otra pero desapareció, se acabó, se derrumbó por el agua. Mis hermanas, Como casi todas las niñas que conozco, le tienen miedo. "Nos da susto que se me Y caiga encima", dicen. Y les aterran las historias del gas durmiente que ha dejado atrapados a muchos mineros

Los animales y yo en potreros tan parados

En la casa tenemos vacas, un caballo y ovejas. Ayudo a que las ovejas no se salgan para arriba, a los otros potreros, que no se vayan a caer o a partirse las patas. Y hay que atajarles los perros y ver que no se enreden en los palos. En la tarde se les da agua y se aseguran en el corral. Para 'arriar' las vacas nos toca de a dos: uno las va persiguiendo por el potrero con un leño y otro, por delante, las va teniendo con el lazo. A mi hermana le gusta darles fuerte para que caminen ligero. ¡Hay vacas que son hasta bravas! La otra vez se nos cayó una allá arriba, en Peña Negra. Eran tiempos de sequía, no había pasto y la soltamos para que fuera a comer. Se Subió muy alto y se dejó resbalar. Se partió una

pata, tocó sacrificarla; era muy difícil que viviera así. ¡A mi hermana le dio una pena! A los corderos les damos topes para enseñarlos a bravos y después nos trompean. En estas montañas hay cernícalos, unos pájaros que asustan. Cuando empiezan a chillar, anuncian que ahí está el águila y les está quitando la presa, porque las águilas se comen los pollos.

Deshollinadores

Todas las casas se hacen en forma de L o de U. "Son así", dice mi mamá, "para cortar el viento, para que no entre derecho a los cuartos y protegernos del frío". La mía es de adobe y de teja de barro. La mayoría de la gente cocina con carbón; por eso se ve pintado el humo sobre las casas. Nosotros los niños somos los encargados de limpiar el hollín que tapa los buitrones. Si los grandes suben al tejado, parten las tejas. Usamos un ladrillo, lo envolvemos en un pedazo de costal o un trapo, lo amarramos con un cable o lazo largo, como de dos metros, y lo botamos tubo abajo. El mugre se va pegando al trapo. No me da miedo, uno no se rueda. Un señor nos dijo que somos deshollinadores; me gusta esa palabra: deshollinadores. Y también somos los que deshollinamos las estufas. Se hurga con un palo y se saca para afuera todo el hollín que la atasca. Dentro de un costal se echa la ceniza y se bota en la carretera.

El arcoíris y su sombra

A veces hay mucha neblina. ES una tela de humo que no deja ver. Un niño puede estar escondido y asustar a otro que no lo ve. Pero después esa tela sube y uno piensa: "Las nubes dejan libres las montañas". Me gustan los atardeceres rojos, parece que hubiera un volcán allá en las montañas, del otro lado de mi casa. Y me gusta también cuando llovizna

y hace sol. Se forma el arcoíris. A veces hay dos: uno y la sombra del mismo. Cuando no hay nubes en la noche, encima de nosotros se acomodan muchas estrellas. Y forman figuritas: triángulos, cuadrados, animales. En noches así salimos a atrapar estrellas fugaces. Pasan veloces, ¡zazzz! Mi hermana se queda mirándolas y les pide un deseo. A veces le cumplen, pero otras no. Entonces ella dice:

"Las estrellas fugaces son 'engañeras".

Vivimos tan alto que hace mucho frío. Pero uno desde chiquito se aclimata. Y como tenemos ovejas, las pelamos y hacemos las ruanas. Las tumban al piso, es amarran los pies, les hacen la cabeza a un lado y luego les empiezan a coger la lana, como peluqueándolas.

Es divertido jugar escondidas en noches de luna grande. EI mundo parece iluminado por un montón de linternas. Si no, alumbramos con los celulares. Hay hartos huecos por las minas, por las cercas que se hacen para el ganado porque las vacas tumban los palos y quedan los hoyos donde se clavan. Jugamos también a indios. Con palos hacemos lanzas y les sacamos punta. Nos metemos en los huecos de las minas abandonadas y prendemos fogatas.

Jugamos mucho al cebo, es como se llama aquí la lleva.

Mi colegio queda en el pueblo. Voy en un bus un poquito pequeño y bonito, que va por todas las veredas recogiendo estudiantes. En clase nos enseñan que por Tópaga pasó la Campaña Libertadora; aquí se pelearon duro españoles y patriotas. La profe nos dice que la iglesia del pueblo es monumento nacional. ES una iglesia doctrinera. Tiene un altar de espejos Y un arco donde está tallado un diablo con cachos.

Antes había muchos niños mineros; ahora hay pocos. Sólo los que no estudian buscan el carbón. Van a la mina a echar el carbón en las vagonetas y a separar el carbón grueso del cisco. Es muy duro ese trabajo; está prohibido porque es peligroso.

Hace años nació la Cooperativa Crecer. Los jóvenes que necesitan trabajar aprenden a tallar el carbón y hacen figuritas: carretillas, cofres, medias lunas. Es para alejarlos de os socavones, para que tengan una vida lejos de las minas.

A veces nos asustamos de noche porque hay mapuros -zorrillos-. Uno los pisa y queda todo oliendo a feo.

En el pueblo hay muchas fiestas: la de la 'cachanga' -una clase de alpargata que utilizaban los que quedaron atrás, los abuelitos- y la fiesta patronal de san Judas Tadeo. Hay un día dedicado a las destrezas mineras. Hay carreras de obstáculos en carretillas: los papás corren por la cancha cargando a las mamás; el regreso es al revés, ellas los cargan. Los premios son palas, picas, cascos, Overoles, linternas, guantes y carretillas.

Allá, en lo alto de las montañas, hay mucha agua. Llega a las casas por mangueras.

Mi papá me cuenta que primero el carbón lo sacaban en mochilas cargadas a la espalda y amarradas a la frente para sostenerlas. Luego Usaron la carretilla hasta que quitaron al señor que la jalaba y colocaron unos tornos. Un burro daba Vueltas para ir envolviendo el lazo y jalar la carretilla. Ahora ya están los 'malacates'.

LOS NIÑOS DE PALENQUE DE SAN BASILIO



Luis, niño de Palenque de San Basilio

Los niños de ahora se llaman Sumbi, Beikos…

A cincuenta kilómetros de Cartagena está el Palenque de San Basilio, el más conocido de los pueblos protegidos con palos, donde se refugiaban los esclavos negros que escapaban de sus amos durante la Colonia. San Basilio fue el más grande y organizado. Sus habitantes defienden la cultura de sus antepasados: el lumbalú, el sonido de los tambores, su lengua….

Me llamo Luis y soy del Palenque de San Basilio, un pueblo que fundaron, hace mucho tiempo, los esclavos que se escapaban de sus amos en Cartagena. Se llama palenque porque estaba rodeado de palos; así se sentían protegidos. Cuando los españoles venían a atacar, Benkos Biohó, líder de los esclavizados, los hacía ir a la parte baja de estos Montes de María; mandaba a unos para que los echaran.

En el colegio aprendo mi lengua: el palenquero. Se la inventaron los esclavizados para entenderse entre ellos. Como venían de muchos sitios de África, hablaban distinto. No la podemos olvidar porque es de

nuestros ancestros. Es importante saberla, así uno entiende cuando los mayores le están hablando. Pero yo escribo mejor en español.

Tenemos un profesor de historia afrocolombiana y otro de cultura propia. Nos enseñan el abecedario palenquero: no tiene C, z, ll, ni v. Mi mamá cuenta que cuando ella era niña, la regañaban si hablaba palenquero: Nu jablá nu [no hable eso] le decían mis abuelos. Y era raro porque se lo decían así, en palenquero. Pensaban que sólo manejando bien el español se progresaba hacia afuera. Pero poco antes de que yo naciera se reunieron los más viejos y volvieron a rescatar palabras y saberes de los antiguos. Ahora los niños se llaman Sumbi, Beikos, Biko; las niñas: Wiwa, Sawari... Los abuelos nos cuentan secretos de la medicina. Yo sé un poquito de 'santiguar'. El santiguo es para frenar diarreas, fiebres. Aprendí con mi abuela. Es fácil para mí. Pero a mi hermana, de dieciséis años, no le gusta, no sé por qué. Sando, un amigo, va con su abuelo al monte a conocer las plantas, después de la escuela. Anda detrás de él. Y el abuelo le dice: "Esta planta sirve para tal cosa y tal otra". "No es un oficio, es un conocimiento", me explica Sando. A veces se cura con plantas, otras Con rezos, y a veces con las dos. Los rezos jamás se hacen en voz alta, ni se publican, ni se escriben.

Música para despedir a los muertos

El profesor nos enseña que nuestro pueblo es patrimonio cultural de la humanidad. Sólo aquí se despide a los muertos con el lumbalú, sólo aquí los tambores suenan distinto y todos pertenecemos a un kuagro desde que nacemos hasta que morimos. El kuagro es una forma de organización que inventaron nuestros antiguos. Hay sólo de hombres o

sólo de mujeres; pero el mío es mixto. Somos doce, todos de edad parecida. Es para apoyarnos.

Los papás no le dicen a uno: "Tú vas a pertenecer a ese kuagro"; uno mismo, con el transcurrir del tiempo, lo busca, relacionándose con los de la misma edad.

El lumbalú es un baile de muerto. Los abuelitos y los adultos lo bailan. Nosotros podemos estar, pero quietos. Ellos 'improvisionan': van reuniendo palabras y las van cantando. Se hace los últimos días cuando ya van a levantar el paño del altar de muerto hecho de sábanas, imágenes religiosas y velas. Mi abuela es la que lo levanta mientras reza y canta. Al difunto le cantan también la música que le gustaba. Si era bullerenguero, le cantan bullerengue. "Es la forma de despedir a los muertos", dice mi mamá.

Mi tambor y yo

Desde niños aprendemos tambor sin que nadie nos coja las manos y nos diga: "Se hace así". Yo aprendí a los cuatro años porque desde entonces me rocé con músicos. Mi mama estaba en un grupo de danza y me compró un tambor chiquito, un llamador. Yo me iba a la casa tratando de remedar lo que había visto. Hay muchos tipos de tambores: alegre, tambora y está el guazá, que da brillo a la música. Me gusta tocar más el alegre, es en el que puedo experimentar otros toques. Todos los días practico en la escuela de música El Batata; así se llamaba un tambolero muy conocido. Yo no sé, pero necesito estar tocando algo siempre. Manejo todos los instrumentos y le hago coro a los cantantes como en esta canción: Yo tenía una pava echá/ con huevo de colondrí / si la pava no me quiere.

El loro y la lora...

Los niños jugamos bate, peregrina -gallina ciega-, escondidas. Y jugamos caclito, o uñita bolita, con bolitas de cristal. Al que pierda le dan caclito, es decir, debe abrir la mano y cada niño le da con la bolita. También jugamos a la lleva y a yuca asada: los niños se agarran duro de un árbol y forman una hilera; otro va quitando, niño por niño, hasta desbaratarla. Y cantamos rondas: El loro y la lora estaban loriando/ y yo por la reja los estaba mirando / El loro comiendo y yo trabajando / ¿Con qué se mantiene?/ Con la flor de verano/Trabajá bocarriba/ trabajá. Hay muchas rondas: el patio de mi casa, chivi-chivi...

Las casas tradicionales Son de barro y techo de paja. Pero hay muchas de 'material', como la mía. Y tiene un patio grande fogón de leña. En el patio criamos gallinas y marranos. El pueblo es chiquito y las calles Son de tierra. Ahí, en la calle, jugamos y los mayores se sientan en la tarde a hablar y a jugar dominó. Todo lo que está alrededor del poblado es el monte.

Las niñas llegan al colegio con los libros sobre la cabeza; desde chiquitas aprenden a llevar así las cosas. Si no funciona el acueducto van al arroyo y traen el agua en vasijas sobre la cabeza. Esa es costumbre de aquí. Cuando son grandes pueden cargar de esa manera platones y poncheras llenas de fruta o de ropa.

A los niños nos cuentan muchas historias, como la de Toño Mojana. Era un niño que se fue para el arroyo con un primo y después desapareció. Él contó, después, que allá no le daban comida, no le daban nada. Le decían: "No te voy a dar Comida porque tú estás bautizado". La madrina

lo llamaba y lo llamaba hasta que él apareció sucio de barro y todo puyado. Creció y volvió a su vida normal, en el pueblo.

A las niñas nadie les enseña a hacer trenzas. Aprenden solas, mirando. Hay peinados para ir al colegio, para trabajar, para el fin de semana, para velorio y para ocasiones especiales. Y tienen muchos nombres: gusano sobre ojo -es una trenza sobre otra trenza-, zigzag, flor de papaya. Mi hermana sabe mucho de peinados. Me cuenta que Cuando los esclavizados escapaban, los peinados de las mujeres marcaban la ruta de la huida: con trenzas hacían los mapas sobre la cabeza.

Má moná quiere decir niños: siempre que usamos ese má antes de la palabra, se vuelve plural.

Me toca ayudar en varios oficios: cuando el monte crece debo cortarlo y debo ir a buscar que si mangos, que si yuca, que si plátano... Y voy a hacer mandados a la tienda.

En Semana Santa tenemos comida especial: hicotea guisada, cocinada en zumo de coco y dulces de guandú, ñame y plátano.

Mi mamá dice que chocorito es una palabra mágica. Es la vajilla de juguete. Como le decimos chócoros a los platos, las tazas y al resto de 'chismes' de la cocina, los de juguete son chocoritos; las niñas juegan con ellos.

Mi lengua es una joya, es la única de este estilo que se conserva en América, escuché decir un día. Y escuché que es una lengua amarrada a los gestos, que no la podemos dejar acabar, que nos distingue de los demás.

Tenemos la fiesta patronal el 14 de julio y en octubre el Festival de Tambores.

LOS NIÑOS DEL LLANO



Camila, Niña del llano

En el colegio extraño a mi caballo En esta inmensa sabana que son los Llanos Orientales los lugareños se sienten libres cabalgando por un territorio donde hay garceros y morichales. Allí los ríos se desbordan en invierno y el agua se evapora en verano; se rezan las culebras y el ganado.

Me llamo Camila y mi caballo se llama Amarillo. El entiende por su nombre. "¡Amarillo!", grito, y él se arrima. Lo ensillo y salgo a cabalgar, a buscar el 'ganao' en la sabana. A mi hermana -tiene trece años y yo nueve-también le gusta 'sabaniar. Su caballo se llama Diamante. Podemos estar montadas Cuatro, ocho horas, dándole a un potrero. Vivimos en el Llano. Pero no paramos en ningún sitio mucho tiempo porque mis papás cambian seguido de patrones. Hemos andado, de finca en finca, por Casanare y Meta. Yo consiento a Amarillo: "Viejito, venga", le digo, y él, de una vez, va agachando la cabeza y luego el cuello para que lo sobe. Cuando lo monto, le suelto el lazo para que Corra. A veces monto a pelo, sin silla ni nada. Lo manejo con las orejas: si quiero que frene, se las jalo hacia atrás; si necesito que 'voltié', se las

echó a un lado. El me entiende; para eso llevamos tanto tiempo juntos. Mi hermano me enseñó a montar. Tenía once años y yo dos o tres cuando empezó a subirme a su caballo. Pero me decía: "Te va a 'corcoviar', y me acobardaba. Mi papá me calmaba con palabras: "No se asuste que es mansito". Así fue hasta que aprendí a montar sin ayuda de nadie. Pero todavía ahora, cuando se manda el 'ganao', ahí me da un poquito de nervios.

Mi hermana, cuando va a montar, le habla en la oreja a Diamante: "No se vaya a asustar por el camino, no me vaya a hacer caer". Pero el caballo no tiene la culpa si lo bota a uno. Por ejemplo, cuando los becerros están recién naciditos, uno los sube a la silla y la vaca se viene a darle al caballo. Toca cuidar que no le pegue en la barriga porque se cae y uno con él. Por eso mi papá, cuando va conmigo, amarra a la mamá del ternerito para que no me 'golpié'. Con mi hermana, nos gusta salir a buscar el 'ganao'. ¡Es más chévere! Uno grita: "¡Corral!, ¡corral!" y los animales van llegando al corral. Después uno aparta las vacas de los becerros. Unos días toca amarrar los becerros, otros ayudar a curarlos. Mi hermana aprendió todo esto a los nueve años; yo, más pequeña.

De casa en casa. De colegio en colegio...

He estudiado en muchos lados. Por eso no he podido pasar a tercero. Ahorita, que hemos durado en una finca, estoy en un internado. Queda en una trocha que va de San Martin a Puerto Gaitán, como a dos horas largas de la casa, viajando en moto. Empezamos a estudiar a las siete, terminamos a la una. Después hacemos tareas, lavamos la ropa, limpiamos el colegio. Salimos los viernes y volvemos los domingos en la tarde. El internado es rico, uno se mantiene estudiando, jugando. Pero

me hace falta montar a caballo. Cuando regresamos a la finca, los fines de semana, corremos a buscar a Amarillo ya Diamante.

La finca donde vivimos tiene dos casas grandes. La nuestra es de bloques de cemento y tiene un patio gigante. Ahí tenemos gallinas, marranos, perros, loros, pájaros, gatos... Yo ayudo a cuidarlos. Como vamos de finca en finca, hemos tenido distintas casas. Unas, las que más me gustan, son de paredes que no llegan hasta el techo. Las hacen así para que no se encierre el calor. Son más buenas, Son las típicas de aquí del Llano. Y Viví una vez a orillas del río Ariporo. En invierno se inundaba todo. Ahora nos alumbramos con planta solar. Como hay tanto sol, siempre funciona.

La luna y el sol se escapan de la tierra

Mi hermano ya tiene dieciocho años y cuando va a revisar ganao aprovecha para ensayar el coleo. Se monta en un solo estribo y empieza a correr y a tumbar los terneritos jalándolos de la cola. Y cuando hay becerros enfermos, para no amarrarlos, los colea. Yo quiero aprender. Trato de tumbar becerritos, pero me queda grande, ¡me voy con ellos al piso! A mi hermana y a mí nos gusta cabalgar solas y cantar por el camino cuando el viento juega a tumbarnos el sombrero:

Una vez llegó a un parrando

un viejito encopetao

con sombrero pelo'eguama

y pantalón enrollado.

Una canta y la otra contesta con una canción distinta:

Amanecí completico

voy a seguir parrandiando

no tengo ningún afán

y nadie me está esperando.

Hay atardeceres muy lindos: el cielo se pone todo rojo, bonito. Cuando hay luna, es una lunota que sale como de la tierra. Parece que estuviera de día.

Jugamos golosa, a saltar lazo, al escondite y fútbol. Es chévere. En el internado tenemos un balón y hacemos un campeonato. A los niños les gusta también bailar el trompo y jugar con las bolitas de cristal. Las niñas, rarita vez lo hacemos. Yo digo que eso es de hombres. Jugamos también tingo, tingo, tingo, tango con un zapato, una pelota, una piedra, Cualquier cosa. Y hay penitencia para el que pierda. Casi siempre le toca dar algo de comer. Si jugamos en la finca, se apuesta distinto. Uno dice: "Si yo le gano, usted va y revisa el ganao solo".

Recuerdo la primera vez que fui a recoger ganao: estábamos en el Ariporo y nos tocó ir a dos fincas Como a dos horas de lejos. Tenía siete años. No fui a caballo sino en una mula y la mula se barajustó. O sea, algo la asusto y empezó a correr. ¡Cuando el animal está barajustado', voltea esos ojos! Yo no sé cómo hacen para mirar y seguir Corriendo. No paran...

De pequeña, aprendí también a enlazar, lo hago desde el caballo. Cuando estoy retiradita del ternero o becerrito que voy a atrapar, lanzo

el lazo con fuerza. Los enlazo y los tumbo para curarlos y cuando hay que 'topizarlos' para que no le salgan los cachos.

EI día de 'ganadiar' me levanto a las dos de la mañana. Hay que encontrar al 'ganao' durmiendo para poderlo contar; si se riega, uno queda perdido. La primera vez lo hice por casualidad. El patrón llevó dos vaqueros para ayudar a los trabajos del llano, pero uno de ellos se golpeó con una vaca. Entonces fuimos mi hermana y yo a apoyar a mi papá. Me encanta hacerlo. Me divierte mucho. Si vamos con mi mamá a llevarle en los 'portas' la comida a los trabajadores, aprovechamos para gritarle al 'ganao': "Toooma... toma, toma, toooma... la cachimooocha". Mi papá tiene otra manera de hacerlo: "Oooo... Ooooo... Ooooaa".

Comemos carne de marrano, carne de res, gallina. Lo que más me gusta es la carne a la lanera con yuca, con papas, con plátano.

Hay muchos garceros en el Llano. Las garzas son aves blancas con harto pescuezo. En veces se reúnen bastantes. Algunas se meten entre el 'ganao'.

Cuando el trabajo es largo, en los 'portas' llevamos la comida: Sopa, un pedazo de carne, arroz, yuca. Y cargamos el caucho, para ponernos Cuando llueve y no mojarnos.

Hay sitios donde uno pasa a las siete o a las diez de la noche solo y lo asustan. ¡Es más horrible! Y hay pedacitos donde salen los duendes. Son chiquiticos, feos, feos y muy 'arrugaos'. Están escondiditos por ahí, en un palo. Lloran Como niños. Nosotros le Cogimos las huellas, son como de bebé.

Un amigo del internado es de Boyacá. Se vinieron porque allá no había trabajo. Él dice que donde vivía era diferente, porque era todo lomas. "Uno por allá anda y anda y todo le parece lejos. En el Llano uno mira cuatro, ocho horas en plano, anda y no le parece lejos", me explica.

LOS NIÑOS HIJOS Y NIETOS DE COLONOS…



Miguel, Los Niños Hijos y Nietos De Colonos…

Siempre digo que soy un revoltijo

La fiebre del caucho, las pieles, la quina y, por último, el petróleo y la coca han llevado, desde hace años, a miles de campesinos pobres de toda Colombia a colonizar tierras desocupadas de Putumayo, en la Amazonía. Ser colono implica domesticar selva virgen, enfrentarse a animales, sonidos, sabores, clima, cultivos ajenos.

Me llamo Miquel y siempre digo que soy un revoltijo; mi abuelo era de Titiribí, Antioquia, mi abuela de Nariño, los padres de mi mamá son putumayenses, como yo. Como en esos tres departamentos hay diferentes estilos de vida, tengo un poquito de cada uno: como fríjoles y arepa simple cuy asado, carne de monte, pescado. Mi abuelo se vino

joven de Titiribí, en Puerto Caicedo encontró a mi abuela y se sumergieron hacia plena selva. Es la misma vereda donde vivo, al sur de Putumayo, casi pegada a Ecuador. Los colonos han tumbado mucho árbol, ahora hay que caminar para encontrar selva. Los abuelos querían tierra, y tuvieron abundante, pero luego se la quitaron casi toda. En unos tiempos, cuando la coca funciono0, vino gente de todas partes: Tolima, Chocó, Meta, Antioquia, Huila... Pero erradicaron y fumigaron y se fueron bastantes. Cada uno tenía su forma de hablar, una voz diferente a la nuestra. Y se nos pegó un poco de todos los estilos. Además, a veces hablamos a la manera ecuatoriana.

La cacería: asunto de paciencia

Mi primera cacería fue con mi papá, a los siete años, de noche. Él se 'voltiaba' a cada rato y me decía: "Calladito". Yo, entonces, me fui sin hacer ruido, detrás de él y su escopeta. La huella del pie de mi papá marcaba mis pasos. Aprendí rápido a hacer 'paceras' o 'marotas': son palos amarrados en forma de asiento y un travesaño abajo para poner los pies. Ahí se 'postea', es decir, se espera el animal. Al comienzo me sabía dormir sentado en la 'pacera'. Cuando escuchaba el tiro ibummm!, me levantaba, y estaba el animal ahí. A unos amigos les parece algo feo esperar horas y horas, les molesta que pican mucho los zancudos. A mí, en cambio, me divierte. Y sé cazar con perros. Ellos huelen el olor de los animales, la nariz los orienta para ir tras ellos. Cuando el perro ladra y sale a toda es porque un animal va adelante. Y yo, pues, corro tras ellos hasta la cueva donde se esconde el perseguido. Así cazamos cerrillos, puercos de monte... La lapa sólo se caza de noche. Sale cuando la luna va 'rayando'. Si es a las dos de la mañana, pues a esa hora toca esperarla. La selva es inmensa, uno no se pierde porque conoce los

caminos. Bueno, en la selva no hay caminos, hay sitios, partes y uno aprende a distinguirlos. He andado mucho y una sola vez me refundí.

Estábamos cerca de la orilla de un río grande y escuchamos un motor y ese sonido nos guio. Hay trucos para no perderse: se hacen señales en los palos, o se parte una ramita para el lado donde se camina. Mi papá se sabe guiar por las sombras.

Una casa alta para espantar animales

Mi casa es de tablas de madera. Tiene un 'altor' de un metro desde el piso. Es para que no suban animales, como las culebras, y hagan daño a la familia. Tenemos fogón de leña y ahí, debajo, se crían los cuyes. Se les hace una especie de corral, así se mantienen calientes. Comen yerba. No tenemos electricidad. La mayoría tiene plantas de luz; en estos tiempos casi no se usan por motivo de la gasolina: es muy cara. Utilizamos mechones. En una botella metemos una tira de lana o de algodón que chupa ACPM; se prende con un fósforo. Hacemos tareas, leemos, cenamos así, con la luz de los mechones. Una noche casi se me enciende la casa. Estaba haciendo tareas y sentí un animal. No distinguí bien qué era, me asusté. Era un puercoespín. Subió a mi cama y le tiré el tarro del mechero. ÉL lo revolcó, se estaba prendiendo la cama. Quité la cobija y se prendió el colchón. Mi hermana le echo una cobija mojada y apagó la candela. Los puercoespines son como los pintan: redondos y tiran chuzos.

En el colegio me toca cocinar

Voy entre semana a un internado en una vereda cercana. Es un colegio abandonado, pobre. A cada estudiante le toca poner plata para comprar la remesa. Y nos turnamos de a dos en la cocina para preparar el

desayuno y la cena. No hay luz ni gasolina para prender la planta y por eso estamos 'graves' en informática: no podemos encender los computadores. Nos enseñan a trabajar lo del campo. Los que viven cerca al internado llegan a estudiar en canoa o en chiva. Es una chiva musical y Solo para estudiantes. Uno puede irse sentado en las bancas, parado en un entablado que tiene atrás o arriba, en el techo. Por la mañana no es bueno Viajar arriba porque con el frío puede uno 'picarse' de bronquitis. Por la tarde hay sol y se recocha con los compañeros. Pero se necesita Tuerza para agarrarse fuerte y ser 'piloso' con las ramas de los árboles.

Sé cómo se comportan los ríos y caños. No me dan miedo ni los rápidos, ni las corrientes. Desde niño fui practicando en manejo de motores, aprendí rápido. Me gusta Cuando vamos bastantes en la lancha y el bote comienza a hacer olas. Y me gusta Cuando vamos a pescar y chuzo pescados grandes de cinco, hasta de diez arrobas. Es como un juego: el pescado se va y uno va tras él. Nunca he sido de malas como pescador, saco pescados muy lindos.

En el río jugamos a la pirámide. Los más pequeños se van subiendo encima de los más fuertes hasta que queda uno sólo bien arriba. Entonces los de abajo se abren y todos se van desplomando en el agua.

Los que llegan nuevos de otras partes no saben nadar. Amarran muchos tarros plásticos con una piola, forman como una cama y se acuestan ahí. Comienzan a flotar, a 'braciar', a 'chapaliar', se los va llevando la Corriente. Así pierden el miedo.

La carne de monte la comemos ahumada, seca. Se coge el animal, se abre y se pone en unos palos, La llama se prende por debajo. Cuando

está seco, le echan cebolla y tomate. Comemos carne de guara, de boruga, chigüiro. También comemos danta y gurre, como le decimos al armadillo.

En casa de un amigo prenden la planta para cargar los celulares. Entonces ven televisión una noche sí, otra no. Bueno, cuando se puede ver, cuando hay buena señal. Miran novelas, el noticiero. Lo malo es que entran los canales nacionales. Ven los de Ecuador.

El caserío donde queda el internado es una recta, una calle larga. Hay casas en una parte juntas y en otra parte alejadas. La gente está como regada. Se reúnen por las tardes a jugar volibol, microfútbol. Otros van a ver, o van a vender empanadas, congelados...

De mi casa, bajando, el pueblo queda a dos horas. Subiendo son como tres horas a pie. Voy cada mes.

Los fines de semana ayudo en mi casa a trochar', a fumigar el arroz, el maíz, el monte. Y ayudo a socolar, quemar, limpiar pasto.

Nosotros les hemos perdido el miedo a las culebras. No me asustan ni las bravas que se saben enroscar para tirar a picar. Si están así, peligrosas, se coge un palo y se les da en la cabeza. Y cuando están mansitas hay que dejarlas ir.

Lo más bello son los atardeceres después de que llueve, ¡están rayados de amarillo y naranja! Y de repente, esos colores se rompen y se mira un cielo claro. Es hermoso.

Hay mucho paludismo y dengue. En la casa y en el internado siempre usamos mosquitero.

Aquí celebramos el Carnaval de Negros y Blancos, una fiesta de Nariño.

Yo y mis amigos estamos en un proyecto de actividades lúdico-recreativas para distraernos, para 'achicar" lo vivido y lo que vivimos por la violencia. Un año dejé el estudio porque me llené de nervios. Teníamos que dormir con las botas, la linterna y la ropa listas, para salir corriendo.

LOS NINOS DE SAN ANDRÉS Y PROVIDENCIA



Shely, Niña de San Andrés y Providencia

Mi idioma propio, pescar y navegar: mi herencia

San Andrés y Providencia son las islas más grandes de Colombia. Junto a Santa Catalina, islotes y cayos, forman el único departamento insular del país. San Andrés tiene veintisiete kilómetros cuadrados, Providencia diecisiete y Santa Catalina apenas uno. Están a setecientos setenta y cinco kilómetros de la costa Caribe ya ciento noventa de la costa nicaragüense.

Mi idioma propio, pescar y navegar: mi herencia

Me llamo Shely y vivo en un paraíso. Así es Providencia, la isla donde nací. Pequeñita, calmada y con un mar de siete colores. Hasta lloviendo es así: pintado de muchos verdes y azules. En vacaciones voy a San Andrés, en barco, con mis papás. Pero una vez fui en avión y desde entonces pienso que Providencia es un pedazo de montaña que se escondió en el mar. Darle la vuelta a la isla, sin parar, en moto o camioneta, es rápido: se gasta un poquito más de media hora. Sobre la

carretera están los poblados: Old Town-el centro-, Agua Dulce, South West Bay -la bahía Suroeste-, Casa Baja, donde vivo, y otros más. A mi casa siempre llega el ruido del mar. Es una casa de madera como las verdaderas de aquí. Cuando me levanto temprano salgo a mirar Cómo aparece el amanecer en el Andrés visito a mis tías y a mi prima Cathalyn. Ella vive con su abuela, San en Luis, que es una playa. San Andrés es una isla mucho más grande casi el doble de Providencia. Para darle la vuelta uno se demora más de una hora. Jugamos todo el día y en la tarde, con Roxana, una amiga, caminamos por la playa y nos sentamos en un tronco o en una canoa y nos ponemos a pintar. Es bonito dibujar a San Andrés: tiene forma de caballito de mar. Y nos gusta bucear, nadar, divertirnos en el agua. Lo mismo que hago con mis amigas en Providencia. Cuando llueve salimos a la playa a jugar en los charcos. Y saltamos golosa y jugamos con bolitas de vidrio. En San Luis, cuando la ola se despide, queda todo cubierto como de polvo fino blanco y rosadito, son conchas y coral triturados; lo recogemos en frascos.

Idioma y rondas que vienen de los tiempos de antes

Mi colegio es blanco y azul, muy bonito; vamos de seis de la mañana a una de la tarde. Como en mi casa, desde el salón escucho siempre el ruido del mar, me arrulla. Las clases son en inglés y español, yo los hablo y los escribo. Pero me puedo expresar y escribir mejor en inglés. Con mis abuelos hablo el inglés de aquí, el inglés criollo, como le decimos. Un idioma que salió del revuelto de las lenguas de los antiguos de estas islas: ingleses, franceses, holandeses, esclavos negros. Me da rabia cuando escucho que mi idioma es un inglés mal hablado; es una lengua propia. Por ejemplo, yo digo: Wota camin; en inglés diría: Water is coming, y en español: "Va a llover". Unos amigos hablan el español

enredado, parecen de otros países. Pero otros, como Roxana, lo hablan mejor que yo. De antes también vienen los juegos giratorios, las rondas. Una se llama The brown girl in the ring [En el círculo hay una muchacha morena]: hacemos un círculo y una de nosotras se queda en el centro. Empezamos a cantar y la del centro tiene que hacer todo lo que diga la letra: bailar, agacharse, brincar... Otra ronda es / drap a leter [Dejé caer una carta]: se hace un círculo y una niña va corriendo por fuera. En un momento deja caer una rama o cualquier otra cosa detrás de alguna de las jugadoras. Esta tiene que salir corriendo a antes de perseguirla y atraparla que ocupe su puesto.

Pequeños navegantes, pequeños pescadores

Los raizales aprendemos a nadar desde chiquitos. Y sabemos pescar, es una cosa de herencia... Me encanta salir a hacerlo con mis papas, mis hermanos o mis amigas. Usamos pescados chiquitos como carnada. Yo por lo general, prefiero ir donde hay parchecito de coral para ver las barracudas bebés. Y es rico 'caretiar' por ahí, por los corales. Los domingos, a veces, vamos en lancha hasta cayo Cangrejo o a la Cabeza de Morgan, en Santa Catalina, una isla chiquitica. Uno puede llegar a pie pasando un puente de colores. La Cabeza es una roca gigante. Se llama así por un pirata que se escondió aquí hace muchos años. "El golpe de las olas talló la cabeza en la roca", dice mi mamá. Uno le da la vuelta a la cabeza y se hunde del otro lado con una careta, con un tubo largo para poder respirar y ve muchos colores: pescados amarillos con rayas azules -los llamamos margaritas- y abanicos, que son hojas grandotas hechas de huecos y muy moradas. También hay caracoles. Hay tantos pescados que uno siente que le hacen cosquillas en el cuerpo. Yo creo que muchos niños de Providencia sueñan con ser navegantes. "Mire, es

una escuela de marineros", dice mi mamá cada vez que ve a niños y jóvenes callados, acurrucados, escuchando a los viejos. Ellos les enseñan a conocer la brújula, a medir la altura del sol y de las estrellas ya conocer y amar las estrellas polares: son las que los guían en medio del mar. Les cuentan secretos para 'faenar' cuando hay vientos, cuando hay oleajes fuertes.

Hay niños que piensan que Providencia es a veces aburrida. Les gustaría que tuviera un parque de diversiones, maquinitas. Yo no quiero nada de eso. Si le ponen esas cosas, deja de ser Providencia; cambiaría totalmente. Mi mamá dice que no debe tener lo de una ciudad, que ser así, sin nada de eso, es lo que la distingue. "No todo debe ser igual", me repite.

Mi bisabuela me contó que antes, como no tenían muñecas y no llegaban juguetes por acá, cogían esos palitos que parece que tienen una cabeza y dos brazos, les cosían ropita y jugaban con ellos. Y hacían barcos de la concha de coco y caballitos de palo. A veces los hacemos, pero ya no es tan frecuente porque todo está modernizándose.

Con mis amigas de Providencia nos gusta ir, en las tardes, a jugar en el puente de madera de colores -le decimos Lover's Lane- que une a Providencia con Santa Catalina. Uno camina por el sendero y al final sube una escalera para pasar al otro de la montaña, a la playa. En el pedazo de mar entre las dos islas siempre hay veleros de aventureros que andan por el mundo.

En San Andrés vamos a La Loma, la parte más alta: se mira todo el mar. Y hay una iglesia toda en madera, la más vieja de la isla. Allí es donde

se ven más casas de las antiguas. En otros sectores hay ya muchas casas construidas.

En Providencia hay una biblioteca de madera donde nos prestan libros. Queda así, como altica; desde la puerta se ve el mar. Y tenemos una escuela de música, toda azul, cerca al aeropuerto.

Mis comidas favoritas son la sopa de cangrejo, arroz de cangrejo y el rondón. El rondón tiene papa, yuca, ñame, pescado y leche de coco; en ocasiones leva caracol o cangrejo. Y la fruta de pan, es la fruta de un árbol grande, es ovalada y tiene puyas, como la pina. Se pela, se parte, se le Saca el corazón y se frita.

No podemos coger todos los cangrejos que queramos; tampoco las iguanas, los caracoles. Hay veda unas épocas del año. Si no cuidamos nuestra riqueza, después se acaba del todo.

Entre abril y junio, en la madrugada, bajan de la montaña miles de cangrejos. Son tantos que hacen mucho ruido, Como si se abriera la montaña; en la carretera se ven como manchas oscuras. "Bajan a lavarse en el mar y suben a esconderse en los huecos de las montañas", dice mi hermana. Yo, que soy más grande, sé la verdad: viven en aguas dulces, en las lomas, y bajan a dejar Sus huevos en el mar.

A veces pasan por las islas vientos y tormentas muy fuertes. Son la cola de los huracanes. Nos toca amarrar las puertas y ventanas para que no se desbaraten las casas.

El asunto del caracol -me dijeron gentes antiguas- se practica desde la época de los piratas. Esa costumbre se quedó hasta hace poco. Cuando

alguien iba a pescar, llevaba en el bote un caracol. Si algo malo ocurría, lo hacía sonar y la isla se enteraba.

La profe nos contó que Providencia tiene el tercer lugar en el mundo con más riqueza de arrecifes de coral. El primero es Australia, el segundo, Belice.

LOS NIÑOS NUKAK MAKUS



Mónica Nukak, niña nukak makus

Somos los propios que conocemos la selva

En la Amazonía, entre los ríos Guaviare e Inírida, estaba la "tierra grande" de los nukak makus. Los grupos armados los expulsaron y hoy algunos malviven en San José del Guaviare. Están perdiendo sus costumbres nómadas; están en riesgo de desaparecer. Usan nombres como María, Mónica, Alexander y un único apellido: Nukak.

Me llamo Mónica Nukak. Tengo catorce años y vivo en Aguabonita, una Tinca que nos dieron a los nukak porque de la tierra grande de nosotros nos sacaron. Mi papá dice que somos los propios que Conocemos la selva; ahí está el alimento que nos tocó: pavas, paujiles, coatí, armadillos, lapa, churucos, que son micos grandes. Aguabonita es cerquita a San José del Guaviare. Mi papá y mis amigos se van lejos a hacer lo que hace el nukak: recoger pepas de palmas, mariscar -cazar, porque hay muchos animales para buscar en la selva. Me quedo sola con mis hermanos y mi mamá; ella se llama Jiima. La selva es fría. Hay muchos animales y me gusta caminar por ahí. Yo sé subir a los árboles

altos. Doblo los pies y me prendo al árbol, así no me caigo. O me amarro los pies con bejucos para impulsarme. Hay tigre, pero yo no lo conozco. Mi papá dice que tigre es muy tragón, o sea que come gente.

Cuando vivíamos en la tierra propia mi papá salía todos los días, temprano, a mariscar. Salía con cerbatana, una caña hueca, larga. El sopla fuerte y sale una puya envenenada para matar al animal. Mi papá tiene buen soplo; manda la puya lejos, a lo alto de una palma donde está el 'churuco'. No mata nunca venado ni danta. No puede, son muertos con disfraz de animal. En la selva está el bejuco y la palma para hacer canastos. De bejuco son para cargar cosas. Son para nosotros como una maleta, un bolso para guardar todo: hamacas, ollas... El bejuco se llama yaré, buu, decimos. Sirve también para amarrar las casas. También sé hacer burup, el canasto para cargar la marisca, las pepas. Se hace rápido, con hojas verdes de juná.

Mi casa siempre está llena de humo

Antes andábamos sin ropa. Y caminábamos todo el tiempo; hacíamos Campamentos donde había agua y alimento. Muchos, muchos al año. Ahora tenemos este campamento quieto donde, dicen, podemos Sembrar. Y teníamos casas de lluvia y de no lluvia. Unas eran sólo palos amarrados con bejucos para colgar hamacas. Mi casa en Aguabonita es de lluvia. Con palmas y otras hojas grandes se hace un techo y una pared. Todo se amarra con bejucos. Por ese techo no pasa agua, si pasa luz. El humo del fogón me ahoga. Le digo a mi mamá: "No prenda tanto el fogón grande, el humo me hace llorar". Y el fogón está en el centro de la casa. En la hamaca más cerca duerme mi mamá, ella cuida que nunca se apague. Encima de mi mamá duerme, en su hamaca, mi papá. En hamacas nos sentamos a tejer, a hablar, a comer. No me gusta la casa

como la de ustedes, hace mucho calor; mejor la mía, con palma. En este campamento quieto en todo momento sufrimos entre mucho viento y mucha enfermedad. Unos quieren casas más durables con dos paredes de chuapo para que el viento no golpee y se maneje mejor la gripa. Otros quieren sacar el fogón de la casa y no usar bejuco para amarrar, sino alambres y puntillas, otros colocan plástico negro sobre el techo de paja. "Pero ese no es nuestro verdadero pensamiento", dice mi papá. "No es bueno que se amañen de pronto en la ciudad los niños y los jóvenes y pierdan el cuerpo nukak", dice. Les gusta linterna, pantalón, camiseta, cuchilla para cortar pelo. Cuando vivíamos en la selva no teníamos pelo en la cabeza ni en las cejas, para no enredarnos en los árboles, para no atrapar enfermedades y estar limpios. Cortábamos el pelo con dientes de pirañas.

Animales para comer y jugar

Cuando llega mi papa de mariscar, chamuscamos el animal, lo pelamos lo echamos en la olla a cocinar con agua. Mi mamá cocina y canta; hace canasto y canta; Canta todo el día. A mí me gusta también cantar, es como un arrullo para trabajar. Mi papá dice: "La vida tiene que ser así". Los hombres también cantan esperando chicha, esperando comida. Como lo que sea: arroz, frijol, lentejas, pepas, morroco –tortuga-, pescado, también mico, pero sólo la pierna; me gusta frita. En mi casa siempre hay arroz, chicha y pepas para comer. Son pepas de palma, a una le decimos mil pesos, patabá o seje, y es negra. La calentamos en la olla. Al chontaduro le decimos pepire. Muchos niños tienen micos de mascotas; les gusta, los quieren consentir como a hermanos, duermen Juntos. "Es el animal más bonito del mundo", dicen y los cargan a todo lado, en hombros, en cabeza, en canastos.

Mi papa me regaló un armadillo. Eso sí es bonito. Iba por la sabana y lo encontró. Era pichoncito, comía lombriz, pasto. Era pequeño como un conejo; dormía en un pedazo de timbo.

En el caño hacemos animales con barro. Subimos todos en un tronco hasta que lo hundimos. Los niños juegan a cazar con pequeñas cerbatanas. Mi hermano sopla y sale un palo de juguete que no daña al animal. Hacemos Columpios con bejucos de árboles. Con pepas y palos, arañas y trompos que bailan sobre las hojas de plátano. Y tenemos pitos de hojas de árboles. Los niños juegan mucho fútbol.

Del árbol tujaná salen los palitos de fuego. Se frotan hasta que sale el fuego. Desde chiquita lo sé hacer.

Mis palabras: week, niño; taiwath, fuego; aua, mico; douwat, amigos; nuyenet, animales; watyubene, hasta luego...

Me gusta que mi mamá me decore. Unta achiote en la punta de un palo o del dedo y me dibuja líneas en la cara. Me veo bonita. Esa pintura sirve para enamorar. También me gustan los abrazos. Los nukak nos abrazamos mucho.

Mi mamá usa aretes de retazos de piel de mico y otros de plumas blancas.

Escuela no hay; no tenemos educación y allá hay muchos niños. Me gusta aprender, me gusta mucho estudiar, leer las letras, escribir, estoy aprendiendo con un señor que va a enseñarles a los grandes.

Mi papá se fue también a buscar tierra, pero no encuentra sitio bueno. Los 'verdes' -armados- son muy bravos, dan susto, mucho susto y no nos dejan meter a la selva de nukak. Se creen dueños. ¿Dónde vamos a

vivir? Los nukak estamos muy asustados, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo conseguir tierra grande?

Hace años -un poquito más de veinte- nos encontramos con los kawene [blancos] y cambiamos costumbres: canastas y manillas por ropa, fósforos y machetes.

Mi papá dijo a todos que no pesquen con barbasco; quiere malla -red-. El barbasco es veneno, es también para matar gente y a las gallinas. Si toman agua, se mueren. No queremos problema con blancos.

Mi papá no sabe cuántos años tiene. Yo pienso como cuarenta. Y sabe silbar y chillar como los animales.

LOS NIÑOS DEL RÍO MAGDALENA



Andrés José, Niños del Río Magdalena

Los niños del pie del río son como las tortugas

El río Magdalena, con sus más de 1.500 kilómetros, recorre el país de sur a norte en medio de un fértil valle. La cultura de los ribereños está tejida con los hábitos de los que viven cerca del agua; son hombres de agua. En la subienda, cuando hay 'cosecha' de pescado, se reúnen cientos de pescadores. Uno de los puntos de encuentro es Honda, ciudad colonial del Tolima.

Me llamo Andrés José y tengo trece años. Desde los nueve llegué a Honda con mi familia y mi casa está ahí, casi pegada al río Magdalena. Cuando no estoy estudiando, si no es pescando, estoy 'tirando baño' o asoleándome en una piedra. Por eso me gusta un decir de la gente del barrio: "Los niños aquí son como las tortugas; apenas caminan, corren para el río". Lo primero que me gustó fue mantenerme en la orilla mirando a los pescadores echando atarraya. No sabía ni nadar, me daba mucho miedo meterme. Imaginaba que una 'malla' -remolino- me

enredaba y me hundía. Comencé a soltarme por las orillas agarrado a un neumático. Y le fui cogiendo confianza al río, a la vez que me encariñé con el Viejo, un pescador mayor al que le digo también "abuelo", aunque no es nada mío. El me enseñó a pescar, a conocer el temperamento del agua: sólo con mirarla, saber si está creciendo o mermando. "Hoy el río está aguantado"', me explica para que yo aprenda a entenderlo. Y me mostró cómo pararme de buena manera en la canoa: un pie atravesado atrás, y el otro adelante, de punta. Y también por él conocí la armada de la atarraya y el modo de 'voliarla'.

Lo hago al estilo original: la cojo con una mano, la parto a la mitad, la subo y la 'voleo'. Mi primera atarraya tenía diez libras. Ahora la única que uso es de veinticinco, tres veces el 'largor' mío. El abuelo me regaló también su secreto: el pescador no puede estar distraído. Si me embobo, otro me tiene que avisar: "¡Un palo!". O no me doy de cuenta que viene un pescado grande en la red y puede levantar la canoa. '"Una mínima distracción le puede proporcionar un momento lamentable, una aporreada", me dice. Una vez Cogí un bagre y, por despistado, ¡me pegó un 'colazo' en el brazo!

Horas para estudiar, horas para pescar...

El Viejo se mantiene pendiente de mí. Me repite: "El estudio es para progresar". Y a cada rato me insiste: "Para aprender hay que observar el saber de las cosas". Y me cuenta que él todo lo aprendió por Curioso, por mirón. No tuvo oportunidad de estudio. No quiere que Yo repita su historia. Como voy al colegio en la tarde, muchas veces pescamos de noche. A las seis y cuarto salgo y reposo, porque así, acalorado, no me puedo meter al río. Me quito los tenis -lo principal es dejar que se enfríen los pies-, me pongo las sandalias, cojo la atarraya, espero al

abuelo con su canoa y ahí nos ponemos a pescar. El maneja el canalete; es el piloto, el mejor que hay por aquí. Vamos por todo el canto de la orilla, en la mitad del río es más difícil, el chorro es muy duro. Por ahí a las diez, once de la noche, mandamos a hacer tinto para que no nos dé sueño. A las dos o tres de la madrugada nos vamos a la casa. Salgo cansado. Me duelen los brazos de tanto lance. El pescado que atrapamos queda en un timbo -recipiente plástico- amarrado a la orilla con varas. Después salimos a venderlo. No nos puede coger el día. En la tarde ya el pescado comienza a ponerse barato. Volvemos de venderlo, sigo durmiendo por ahí hasta las diez, desayuno y me preparo para ir al colegio.

Cuando llega la 'cosecha' de pescado

En la subienda hay demasiado pescado y demasiados un pescadores. ¡En solo lance se coge una canecada de picuda pequeña! Una vez nicuro, capaz, bagre, patalo, hubo tanto, que tuvieron no lo compraban y lo botaban que vetar la pesca, al rio. Aquí se sabe cuándo viene la subienda. Uno pregunta por dónde viene el pescado y alguien responde: “Por tal parte". Entonces todos comienzan a arreglar sus atarrayas, a sacarlas, si las tienen empeñadas. Y va "dentrando' mucha gente. Se van adueñando de sitios como si fueran de ellos, como si fueran comprados. Ponen Cuatro palos y un plástico y ya nadie se puede arrimar. Y es divertido: en la noche trae uno la paila, la candela, la manteca para fritar Su pescado. Y panela y agua limpia para hacer fresco. El tiempo 'vidrio' es cuando no hay pescado. Triste, porque nadie tiene trabajo.

Ya sé jugar con las olas

Hay cosas divertidas para hacer en el río: bajar en neumático o a mano, cogiendo los 'bancales' -olas grandes-. Jugar a quitarnos los neumáticos o a hundirnos. Y apostar al que más aguante parado en los muros que hay en la mitad del agua y al que primero llegue al puente Navarro por la orilla. Y jugamos a molda, la lleva en el agua. Cuando el Gualí está crecido nos botamos del puente. O bajamos hasta la Molla, un remolino grande. Si no se sabe manejar lo chupa a un0 y es difícil para Salirse. Hay que dar patadas para que no le envuelva los pies. A mí me lo enseñó el abuelo; se metía al río conmigo.

La cerca de mi casa es de guaduas, el techo de zinc, las paredes de bloques de cemento. Hay dos Cuartos. En uno tenemos los trastos y colgamos as atarrayas, el otro es para dormir. Mi abuelo duerme en la cama. Yo en hamaca de lana, así me puedo mover para todos lados. En la noche quemamos eucalipto para espantar los zancudos. Lo echamos en un tarro, lo prendemos para que haga humo, eso los aleja.

Honda es muy bonita. Hay muchos ríos, muchos puentes. Aquí hay mucha antigüedad. Hay iglesias, hospital y casas viejas. Uno anda por ahí, por la parte vieja, y es bueno jugar al escondite por la Popa, por las calles de las Trampas o la de las Bromas.

En la plazoleta, en dos bancas de cemento frente al río, nos sentamos a remendar las atarrayas. Las colgamos de un árbol y empezamos a tejer y a hacer nudos: nudo puerco o nudo encontrado, hasta que se 'arremienda' el hueco. No sé hacerlas. Es difícil. Si queda como un tubo, no se abre por más que el lance sea bueno.

Mi abuelo me explica que ciénagas y ríos son un mismo sistema. En las ciénagas los pescados se engordan. En diciembre salen al río donde hay más profundidad. Caminan aguas arriba, contracorriente, hasta que se les acaba la manteca que tienen por dentro. Es la subienda. Con las corrientes bravas, el rio los devuelve atropellados a las ciénagas. Llamamos tiempo 'vidrio' cuando el pescado se va otra vez para allá; y la 'bajanza' Cuando se meten por las bocas de los caños a poner los 'güevitos'.

El río recibe a cualquiera. Puede haber diez, once canoas pescando. "Es la despensa de los pobres", dice el abuelo.

Los pescados roncan. Cuando cogí el primer bagre grande, como de trece libras, ese animal empezó a roncar: "Rooo". ¡Me dio un susto! Era como si me estuviera hablando. Los bocachicos son raritas las veces que roncan. Los que si lo hacen, y demasiado, son los cuchitos, unos pescados con la jeta pequeña y ancha.

En la madrugada, cuando no hay colegio, voy con el Viejo a ver cómo está el río. Así aprendo a conocer el temperamento del agua: si está creciendo o mermando, si está aguantado. Me falta experiencia en este conocimiento. Si está muy crecido, es duro para pescar, hay que esperar a que se haga manso para salir.

A veces la atarraya se enreda en las piedras, queda pegada. A veces ella sale fácil. Otras hay que bajar a lo más hondo. Son hundidas increíbles. Comienzan los oídos a chillar, no se ve nada. Uno se imagina la piedra, los palos..., cómo está enredada; uno se sienta y va metiendo la mano por debajo para poderla desamarrar. Hay que aguantar mucho la respiración.

Me gusta el bagre sudado y frito. Yo sólo sé hacerlo frito. Se echa a la manteca y cuando se ve de color doradito, ya está.

Ya puedo decir que el Magdalena es Cosa sería: hay que saberlo manejar o si no, él lo maneja a uno y lo pone a tomar agua.

A veces el río crece y crece y se sale para la calle. Hace dos años nos tocó irnos más arriba. El agua tumbó la ramada, se alcanzó a meter en algunas casas, nos obligó a evacuar.

LOS NIÑOS DEL PÁRAMO



Lucía, Niña del páramo

Vivo en la tierra de los conejos y los frailejones

Los páramos son grandes fábricas de agua. El de Sumapaz es el más grande del mundo. Un retazo de él está en el área rural de Bogotá, en la localidad de Sumapaz. Esta localidad tiene tres corregimientos: Nazareth, Betania y San Juan. En el subpáramo, un poco más abajo en la montaña, los campesinos cultivan papa y alverja.

Cuando me preguntan si soy bogotana, digo que no, que Soy Sumapaceña. Lo mismo dice mi amiga Ana que es mayor que yo. Ella tiene catorce años; yo voy para once y me llamo Lucia. Aquí nacimos, y nos gusta porque hay muchas lagunas, frailejones y conejos. Una sola vez he ido a Bogotá. Sería bueno ir más. Pero para vivir prefiero Sumapaz, es tranquilo; en Bogotá, por cualquier cosa, hay violencia. Vivimos en una vereda de San Juan, somos vecinas, hay mucho Cultivo de papa y unos pocos frailejones. Son grandes, viven muchos años,-hasta cien -nos dice la profesora, y las hojas son peludas. "Un escritor", nos contó la profe, "asegura que Son como orejas de burro"; es verdad, así son. Pero más arriba, en la montaña, hay valles y

bosques de frailejones. Cuando están florecidos, se ve como una mancha amarilla. Además, crece otra flor, también amarilla, bajita y de a pedacitos, una morada. Es lindo. "Antes", dice la abuela de Ana, "había tiempos para florecer el páramo"; ahora no son tan claros. Y hay muchas lagunas; la más bonita es una pequeñita, roja, sin nombre, como de cuento. Cuando uno regresa de Bogotá, en bus, se ve a mano izquierda.

Ruana y estufa para 'caloriarse'

Aquí en el páramo lo especial es la estufa. Sirve para cocinar y para 'caloriarse' un0. Hace poco nos hicieron una estufa nueva, de leña; es más ancha que alta y ya tiene una parrilla. Cuando mi mamá tiene que salir muy temprano -antes de las cinco-, cocinamos en la estufa de gas, es más fácil. Pero también más costosa. Por eso no la usamos tanto. Antes las estufas eran cuatro piedras y por encima les ponían una reja de varilla. Las llamaban fogatas o fogones. Había cadenas amarradas de vigas y ahí colgaban las ollas de barro. Mi mamá se levanta cuando todo está oscuro, prende el fogón y hace una ollada de agua aromática de la hierba que tengamos cerca. Es la costumbre, es lo que tomamos cuando nos levantamos, más que café. Apenas son las cinco en punto, ella sale a trabajar y vuelve a las seis de la tarde; cocina todo el día para trabajadores.

La neblina, un buen escondedero

Niños y niñas jugamos fútbol, a las cogidas -la lleva- y cuando baja la neblina a algunos les gusta mucho salir por ahí, a correr, a esconderse.

Yo prefiero guardarme en la casa porque hace mucho frío y me molesta esa llovizna venteada que emparama y hasta lo entumece a uno. A esa

llovizna que en veces dura días y días la llamamos nevada o 'charruza'. A Ana sí le gusta la neblina. Dice que es bueno porque, Como a veces es tan tupida que no se ve ni lo que tiene al lado, es muy divertido esconderse. Y me asegura que antes, cuando era pequeña como yo, era feliz con la lluvia. Con las amigas hacían pozos y tiraban tierra y piedras al agua. No siempre me puedo guardar en la casa cuando hay neblina. Me toca salir a ver a los animales. Entonces me pongo ruana y gorra de lana, una que me tejió mi mamá, que sólo deja mirar los ojos, la nariz y la boca, de resto todo va abrigadito. Los viejos dicen que sin ruana y sombrero es 'dificultoso' vivir en medio de tanto frío. La mía es blanca, calientica. En el colegio celebramos el día de la Ruana; todos, hasta el rector y los profesores, tienen que llevar puesta la suya.

Me gusta corretear a los animales

En la Casa tenemos conejos. MI mamá me manda a darles comida V yo voy corra detrás y corra detrás. Lo que casi me molesta es cogerlos: me da como miedo tocarlos, nervios atraparlos. Arriba de mi casa hay muchos, a veces acompaño a mi papá a cazarlos. Son tantos que uno los ve correteando por la carretera. Son negros o cafés, mejor dicho, siempre oscuros... Yo sé por qué: a los blancos o claritos el águila los identifica más fácil y los caza. Los negros y cafés se esconden más fácil. Y hay también curíes, pero nunca llegan hasta los bosques de frailejones. Ana juega con los conejos, os persigue sólo por divertirse nada más, nunca los alcanza. A punta de brincos, ellos se escapan. Y las dos le colgamos a los terneros, en la cola, tapas de cerveza. Luego los hacemos correr para que suene como una campana.

Y me toca ayudar en la casa. Pero odio tener que lavar loza. Entonces cambiamos con mis hermanas: ellas lo hacen y yo les colaboro

arreglando las piezas, Ana ayuda a cargar leña, a trabajar con los terneros, a sembrar, a arar la tierra. A todo. De chiquita iba con su abuelo a hacer los cultivos. Con él aprendió a trabajar las vacas y las ovejas. Yo aprendí con mi papá cuando estaba todavía Con nosotras. Es lo normal del campesino.

A los niños les gusta más ir a Bogotá. Y les gusta Comer lo que ven en televisión.

Mi amiga Ana vive con los abuelos. Cuando voy a su casa nos sentamos en la cocina a escuchar sus historias.

Los abuelos de Ana iban a caballo hasta un punto y ahí cogían bus a Bogotá. También viajaban a caballo a Pasca, a mercar. Para los mandados usaban la mula. Los papás de ellos hacían una travesía más larga para llegar a Bogotá. Bajaban a pie, descalzos. Guardaban las alpargatas para ponérselas limpiecitas al llegar a la capital. Los viejos cuentan también que existió en un tiempo un tren que llegaba a Olarte, en Usme; hasta ahí viajaban en mula y luego en tren a Bogotá.

Nos gusta ir a las reuniones donde hablan de rescatar tradiciones alimenticias: sembrar y comer chuguas, hibias, cubios... Se han dejado de sembrar, lo mismo que las habas. También nos hablan de recuperar las variedades de papa que había antes; se perdieron por recibir semillas extrañas. Dijeron que se vendían mejor y hemos perdido la papa nuestra.

Las casas de antes eran de barro, paja y tabla. Ahora son de bloque y pañetadas. Algunas tienen despensa, un cuarto donde se guarda la comida, la papa del gasto. Y tenemos muchas huertas caseras.

Las vacas son para el sustento y para los quesos. A las gallinas, en invierno y en tiempo de heladas, se les dificulta hasta poner huevos.

En las heladas de diciembre y enero, el hielo quema lo que encuentre. A uno se le cuartean las manos y la cara se le colorea del puro frío.

Cuando hace viento, hay que ponerse el sombrero bien amarrado. Si no, el viento se lo lleva.

Cuando amanece despejado, el aire es limpiecito y se ven claritas las montañas.

Para cazar curíes y conejos toca pedir permis0. Los curíes se esconden entre el 'guinche' -una especie de paja que se enreda entre los frailejones-; los conejos acostumbran encuevarse en medio de las piedras cuando uno los persigue.

Mi colegio es grande y ahí vamos niños de todas les veredas de San Juan. Los buses nos recogen todas las mañanas. Nos enseñan que debemos cuidar todos los nacimientos de agua, "los chorros", como los llamamos. Y nos dicen que debemos respetar nuestro páramo porque es una esponja gigante que chupa agua y la reparte en ríos y quebradas.

Antecitos de que yo naciera llegó la luz eléctrica por acá, me cuenta mi mamá. Antes se alumbraban con velas.

Los frailejones crecen despacito: sólo un centímetro por año.

"Las tierras de por acá no son buenas para la agricultura", nos dice el abuelo de Ana. La papa se demora en crecer mucho más que en la Sabana de Bogotá donde el clima es más abrigado.

Glosario

Introducción

Beneficiadero: cobertizo, o pieza, en las fincas cafeteras, donde se lava, se despulpa y se seca el café.

Guazá: instrumento típico del litoral Pacífico construido en guadua. Lo interpretan las mujeres.

Los niños del Pacífico

Alabados: oraciones cantadas propias de ritos funerarios o de fiestas de santos.

Balsada: fiesta tradicional acuática en honor a la Virgen, los santos o el Niño Dios. Se unen varias canoas, encima colocan un tablado y forman una balsa grande donde van los músicos, las cantadoras, las imágenes religiosas. Es una procesión por el río.

Bombo: tambor que se golpea con palos.

Canalete: remo o pala ancha que sirve para manejar la canoa.

Chigualo: ceremonia de juegos y cantos que se realiza la noche anterior al entierro de un niño menor de siete años.

Chuspa: talega o bolsa plástica o de papel.

Conchar: recoger conchas en los manglares.

Cununo: tambor alto que se golpea con las manos. Hay cununo hembra y macho.

Esteros: Canales pantanosos donde se puede navegar cuando la marea está alta.

Fundación: algunas personas del Pacifico se refieren así a su lugar de nacimiento.

Manglar: conjunto de árboles llamados mangle. Sus grandes raíces forman bosque semiacuáticos en los sitios donde se juntan el río y el mar. Sirven de protección natural contra los vientos y las olas gigantes formadas por los tsunamis.

Marimba de chonta: instrumento musical tradicional del Pacífico. Se construye con madera de chonta y de guadua.

Playar o 'playá': buscar oro en la playa.

Potrillo: canoa larga y estrecha.

Rogativa: oración pública para conseguir solución a alguna necesidad.

Rulos: cilindros huecos y pequeños que se usan para rizar el pelo.

Zarandear: mover con prisa, ligereza y facilidad.

Los niños wayuus

Abarcas: Sandalias tradicionales de suela.

Atollar: atascarse, quedar detenido por un obstáculo.

Bahareque: sistema de construcción a partir de un armazón de cañas entretejidas que se rellena con tierra arcillosa.

Clan: grupo de gente unida por parentesco.

Jagüey: pozo grande para recoger agua lluvia.

Kaasa: tambor wayuu.

Maleiwa: el Creador, según la mitología Wayuu.

Palabrero: persona que hace de mediador en los conflictos a través del manejo de la palabra.

Piachi: médico tradicional wayuu.

Ranchería: caserío.

Trupillo: arbusto de ramas cubiertas de espinas que crece en zonas semidesérticas.

Wayúnkerras: muñecos de barro que fabrican los niños wayuus.

Wayuunaiki: lengua de los wayuus.

Yonna: baile tradicional wayuu empleado para curar enfermedades, celebrar una buena cosecha, terminar el encierro.

Wayreñas: sandalias con una borla grande de lana en las puntas.

Yotojolo: Corazón del cactus.

Los niños del café

Broca: larva de insecto que perfora los frutos de ciertas plantas como el café.

Bus escalera: bus acondicionado para el transporte rural, también llamado chiva.

Café caturra: variedad de café que no alcanza mucha altura ni necesita sombrío.

Calentado: comida que se guarda de un día para otro y se recalienta.

Cañada: terreno bajo entre lomas.

Carriel: bolsa de cuero con varios compartimientos en forma de fuelle. Lo usan los hombres en la zona cafetera. Lo cargan terciado al hombro. Ahí llevan dinero, documentos, peinilla, espejo, lapiceros... ¡Cargan de todo!

Chamiza: hierba silvestre o leña menuda que se usa para los hornos.

Coco: recipiente pequeño y alto.

Destinos: oficios domésticos.

Divisa: vista amplia que se tiene del paisaje desde un lugar alto.

Elba: plancha de cemento Con techo corredizo donde se seca el café y se protege de la lluvia.

Garrucha o tarabita: teleférico primitivo. Medio de transporte por cable usado en las zonas montañosas para pasar ríos, cañadas y precipicios, donde no hay puentes.

Madremonte: espanto con figura de mujer.

Merienda: refrigerio.

Poncho: ruana de tela de algodón, típico en el atuendo de los campesinos cafeteros.

Roya: enfermedad del café producida por un hongo.

Surco: línea de tierra elevada que queda después de arar la tierra.

Tragos: café que se toma en la mañana antes de salir de la casa, para aguantar hasta el desayuno.

Tute: juego de cartas.

Voladero: despeñadero, precipicio.

Los niños del carbón

Adobe: masa de barro mezclado a veces Con paja, moldeada en forma de ladrillo y secada al aire.

Arrear o 'arriar': estimular al ganado para que eche a andar, siga caminando o apure el paso.

Buitrón: conducto por donde sale el humo de los hornos y chimeneas hacia el exterior.

Cachanga: clase de alpargata que se utilizaba en Boyacá.

Cernícalo: ave de rapiña, de plumaje rojizo y manchado de negro.

Cisco: terrones pequeños de carbón.

Iglesia doctrinera: capilla o iglesia donde se adoctrinaba a los indígenas durante la colonia.

Malacate: en la zona minera de Boyacá llaman así al aparato provisto de un motor compuesto por partes de motores viejos, que sirve para jalar la vagoneta donde se Saca el carbón.

Mapuro: mamífero pequeño de pelaje espeso y color negro llamado también zorrillo.

Los niños de Palenque de San Basilio

Alegre: tambor que permite varios toques.

Ancestros: antepasados.

Bullerengue: baile tradicional variante de la cumbia que se baila en las dos costas colombianas.

Chocoritos: vajilla de juguete.

Guandú: arbusto de semillas comestibles, también llamado frijol de palo.

Hicotea: nombre que se da en algunas regiones del país a dos especies de tortugas exclusivamente terrestres.

Kuagro: forma de organización, por grupos de edad, de la cultura palenquera.

Llamador: tambor pequeño.

Lumbalú: ceremonia fúnebre y ritual que se celebra en el Palenque de San Basilio durante los velorios. Se usan cantos y toques que ritualizan la melancolía y el dolor. Es una ceremonia de origen africano.

Ñame: planta trepadora tropical con grandes tubérculos comestibles.

Palenquero: lengua criolla formada por español, portugués y lenguas africanas.

Palenques: pueblos protegidos con palos, donde se refugiaban los esclavos negros que escapaban de sus amos durante la Colonia.

Patrimonio cultural de la humanidad: título que da la Unesco a lugares, lenguas, tradiciones y costumbres que, por ser tan valiosas, se deben conservar.

Ponchera: recipiente redondo, ancho y poco profundo, de aluminio o plástico.

Santiguar o 'santiguo': rezo que sirve para Curar ciertos males.

Tambolero: el que toca el tambor.

Los niños del llano

Barajustado: cuando un animal echa a correr sin control, desbocado.

Coleo: Competencia de destreza llanera, tumbando un toro desde el caballo y jalándolo de la cola. Lo que era una Competencia popular de fiestas y reuniones laneras, es hoy en día un deporte.

Corcovear o 'corcoviar': cuando un caballo, mula o burro da brincos encorvando el lomo.

Estribo: pieza de metal, madera o cuero donde el jinete apoya el pie.

Garcero: árbol donde anidan comunidades de garzas.

Morichal: agrupación de palmas de moriche, que tienen grandes hojas en forma de abanico.

Parrando: fiesta típica llanera que puede durar uno o dos días.

Sabanear o 'sabaniar': recorrer la sabana para las labores de buscar, reunir y cuidar el ganado.

Topizar: eliminar, utilizando el calor, el nacimiento de los cuernos.

Trabajo de llano: todo trabajo relativo a la ganadería del llano. Implica recoger ganado, topizar, marcar, bañar las reses para quitarles los gusanos, curarlos, separar los terneros de vacas, castrar, vacunar, entre otras.

Los niños hijos y nietos de colonos...

Colono: campesino que domestica tierras baldías con el fin de cultivarlas y establecerse.

Chigüiro: roedor de gran tamaño que vive en manadas a orillas de ríos y lagunas.

Chiva: bus de carrocería de madera y destapada a los lados que se usa para transporte público en zonas rurales. Por una escalera pegada atrás, se sube al techo. Transporta pasajeros, animales y carga.

Cuy: pequeño roedor. En Nariño es un plato muy apetecido.

Guara: en Colombia se les dice así a los gallinazos que no tienen plumas en la cabeza.

Gurre: así se llama al armadillo en algunas regiones del país

Lapa: roedor de zona selvática. Tiene cabeza parecida a la del conejo.

Mechones: lámpara hecha con una botella y una mecha entrapada en combustible.

Mosquitero: tela de malla fina que se coloca sobre la cama para evitar los mosquitos.

'Paceras' o 'marotas': así llaman los colonos a una especie de banca que improvisan en la selva cuando van de cacería.

Piola: cuerda delgada.

'Postear': esperar el animal cuando se está de cacería.

Quina: árbol cuya corteza amarga contiene quinina, con propiedades tónicas, astringentes y antipiréticas.

Rápido: tramo del río donde el agua corre sobre rocas que sobresalen.

Remesa: mercado.

Socolar: desmontar o limpiar un terreno quitando arbustos, matas...

Los niños de San Andrés y Providencia

Arrecife de coral: especie de muro que forman los corales al crecer en el fondo del mar. Sirve de casa y refugio a muchas especies marinas.

Barracuda: pez carnívoro de aguas profundas que ataca con rapidez.

Raizal: nativo

Rondón: sopa típica de San Andrés y Providencia.

Veda: prohibición de pescar o cazar en ciertas épocas del año.

Los niños nukak makus

Achiote: árbol. Sus semillas se emplean para sacar un colorante.

Barbasco: planta tóxica empleada en la pesca de río.

Bejuco: tallo largo y flexible generalmente de planta colgante.

Cerbatana: arma hecha de caña hueca y larga. Se le introducen dardos, pequeñas flechas o puyas que se disparan Soplando con fuerza.

Chicha: bebida de maíz fermentado 0 de otros granos ricos en almidón.

Chuapo: palma.

Coatí: mamífero carnívoro de cuerpo y hocico alargado.

Kawene: Así llaman los nukak makus a las personas que no son indígenas.

Mariscar: cazar.

Morroco: tortuga.

Nómada: pueblo o persona que vive errante, sin lugar fijo de vivienda.

Pirañas: pescados con dientes muy afilados.

Paujil: ave de la familia de las pavas. En algunas zonas de la selva colombiana estas aves son queridas porque cuidan a los niños.

Los niños del río Magdalena

Atarraya: red redonda para pescar.

Bancales: así llaman algunos habitantes de las riberas del río Magdalena a las grandes olas que se forman en el río.

Mermar: disminuir.

Molla o remolino: agua que gira sobre Si misma, que arrastra y chupa lo que está cerca.

Paila: recipiente de metal grande, redondeado y poco profundo.

Subienda: época del año propicia para la pesca debido a las migraciones masivas de pescados.

Tiempo vidrio: época en que no hay pescado en el río.

Timbo: recipiente plástico.

Trastos: utensilios de la casa.

Los niños del páramo

Alpargatas: calzado campesino de fique y tela.

Chuguas, hibias y cubios: tubérculos muy usados en la comida tradicional del altiplano Cundiboyacense.

Curí: pequeño roedor.

Despensa: cuarto donde se guarda la comida.

Fogatas o fogones: estufas antiguas hechas con cuatro piedras y una reja de varilla.

Frailejones: plantas de páramo de hojas anchas, gruesas y aterciopeladas.

Guinche: especie de paja que se enreda entre los frailejones.

Nevada o 'charruza': llovizna que a veces dura días y días.

Pañetar: cubrir con una mezcla de cemento y arena las paredes.

Páramos: sitios en lo alto de la montaña entre el fin del bosque andino y el Comienzo de las nieves perpetuas. Son fábricas de agua y en ellos nacen grandes ríos.

La biblioteca

Así vivo yo. Colombia contada por los niños

DISEÑO DE CUBIERTA Camila Cesarino Costa

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA María Fernanda Mantilla

© DE LOS TEXTOS Pilar Lozano, 2011

© DE LAS ILUSTRACIONES María Fernanda Mantilla, 2011

© EN ESPAÑOL PARA TODO EL MUNDO

© 2011, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S. Cra. Carrera 74 No.75-51. Piso 7, Bogotá, D. C., Colombia PBX: (57-1) 743-0700

PRIMERA EDICIÓN: Abril, 2012

DÉCIMA SEXTA REIMPRESIÓN: Abril, 2021

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

ISBN 978-958-8662-18-3

Impreso en Carvajal Soluciones de Comunicación, S. A. S.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en

el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Lozano, Pilar, 1951 Así vivo yo, Colombia contada por los niños / Pilar Lozano; ilustraciones María Fernanda Mantilla, Bogotá: Random House Mondadori, 2011. 104 P.: il. ; cm,- (Colección la biblioteca) Cuentos colombianos Siglo XXI 2. Literatura colombiana Siglo XXI 3. Colombia - Vida social y costumbres Cuentos I. Mantilla, María Fernanda, il. II. Tít. l1. Serie Co863.6 cd 21 ed. A 1285715 CE P-Banco de la República. Biblioteca Luis Ángel Arango

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, D.C. agosto 2021